

BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual

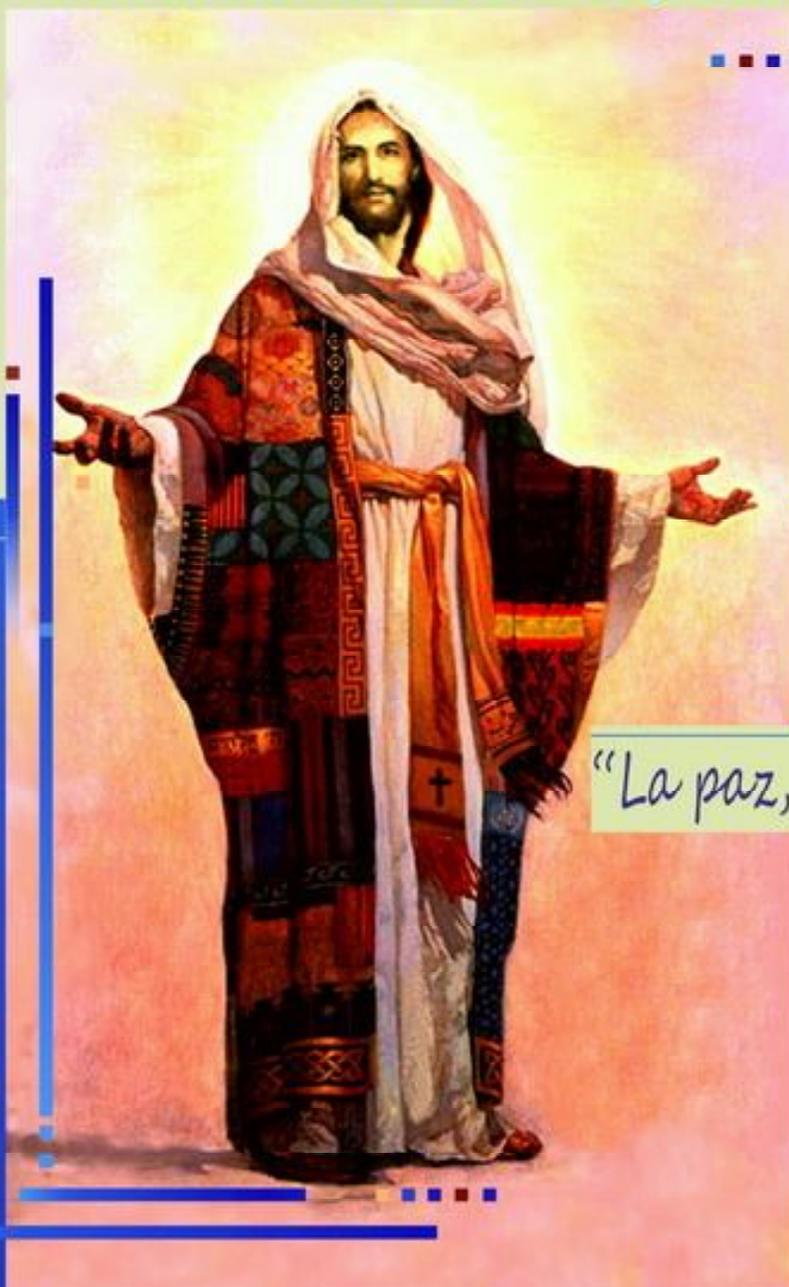


San Juan de los Lagos, Jal.

Abril de 2015

Nº 408

La celebración de la fe, proyecto de vida cristiana en la fraternidad, la justicia y la paz.



"La paz, esté con ustedes"

(Jn 20, 19)



VII Semana de Formación y Animación Litúrgica

SUMARIO:

Mensaje del Señor Obispo	1
Presentación	2
Indicaciones metodológicas	4

TEMAS:

1. La celebración de la fe y el compromiso social	6
2. La celebración sacramental de la fe, fuente de caridad	11
3. Liturgia y cultura	17
4. La Liturgia y la corporeidad	23
5. El Domingo día de alegría, descanso y solidaridad	27
Apéndice	34
Notas	39
Abusos homiléticos	41

«La fe sólo puede llegar a crecer y a madurar en la medida en que sepamos apreciar y cultivar los valores auténticamente humanos».

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsables:

Comisión diocesana de Pastoral litúrgica

Diócesis de San Juan de los Lagos.

Semana de Animación Litúrgica

PASCUA DEL SEÑOR 2015

ASUNTO: Mensaje del Señor Obispo.

«*La paz esté con ustedes*» (Jn 20, 19). La paz es el don con que el Señor se presenta ante sus discípulos en la tarde de la resurrección. Y este regalo de la paz, que el Resucitado da a la comunidad (cfr. Jn 14, 27), constituye uno de los dones más preciosos de Dios (Jue 6, 24; Is 26, 12; Sal 29, 11), un don que como plenitud (*Shalom*), significa el equilibrio intenso que hace posible el despliegue total de la vida, y que en última instancia se identifica con el Mesías, Jesucristo, el don de Dios por excelencia, que es el «príncipe de la paz» (Is 9, 5-6), «portador de paz» (Lc 1, 79; 2, 14. 29), e incluso es la misma paz. Esta paz, da sentido comunitario, personal y social, porque es presencia y plenitud de Dios en los creyentes.

Por ello, a la luz del saludo del Resucitado, y en medio de la fiesta pascual, me dirijo a la comunidad diocesana, para motivarlos a la realización y celebración de la VII Semana de Animación Litúrgica: importante espacio para continuar la formación permanente de todos los que prestan algún ministerio litúrgico en las comunidades parroquiales y que nos ayuda a recordar cómo el don del Resucitado lo celebramos en cada acción litúrgica y de ésta, brota la misión para transformar nuestro entorno social.

Este año, la temática está inspirada en el Curso de Acción de nuestro V Plan Diocesano de Pastoral, del que surge el «*Año de la vida en Cristo y del comportamiento social cristiano*». Ya el Papa Francisco nos ha recordado que la «*redención*

tiene un sentido social», y que desde el corazón del Evangelio debemos reconocer la íntima conexión que existe entre evangelización y promoción humana, que necesariamente debe expresarse y desarrollarse en toda acción evangelizadora, pues la aceptación del primer anuncio, que nos invita a dejarnos amar por Dios y a amarlo con el amor que Él mismo nos comunica, debe provocar en nuestra vida y en nuestras acciones una primera y fundamental reacción: desear, buscar y cuidar el bien de los demás (Cfr. EG 178). Desde esta invitación del Papa debemos redescubrir cómo desde la celebración de nuestra fe, no podemos perder el asombro y el entusiasmo por vivir el Evangelio de la fraternidad y la justicia!

Es por eso que el tema que inspira esta Semana Litúrgica es: «*La celebración de la fe, proyecto de vida cristiana en la fraternidad, la justicia y la paz*», para impulsar la celebración del Evangelio desde la vivencia sacramental, que nos ayude a fomentar un rostro de Iglesia más solidario y misericordioso en nuestras culturas.

Por esta razón la presente Semana Litúrgica, inicia desde el deseo implorado de la «Paz», ya que la experiencia de la paz, nos demuestra cómo ésta, transforma de manera radical a los discípulos, produciendo en ellos alegría, liberándolos del miedo y abriendo las puertas para poner en marcha la evangelización. La paz, según el evangelista Juan, es lo primero que infunde Jesús a su comunidad, y por este don, todo comienza de



nuevo. Impulsados por su Espíritu salen de sí hacia el hermano, y el servicio de la caridad es la dimensión constitutiva de su predicación.

Constatamos que nuestras comunidades necesitan experimentar un «nuevo inicio» a partir de la presencia viva de Jesús en medio de nosotros. Sólo Él ha de ocupar el centro de nuestra vida eclesial, pues sólo Él, con la fuerza transformadora del Espíritu, puede renovar nuestros corazones e impulsar la paz, la comunión, la fraternidad, la solidaridad y la justicia.

Deseo que este espacio de formación, sea realmente promovido por los responsables de las comunidades parroquiales. Las recientes visitas pastorales me motivan a reconocer que la Pastoral Litúrgica es una de las mejor promovidas, pero también debo mencionar, que no está del todo fortalecida en la actualización y formación

de los agentes que prestan los diferentes ministerios litúrgicos.

Agradezco a la Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica y Piedad Popular, el esfuerzo que hace para brindar este material que nos ayude a llevar a la práctica el deseo conjunto de nuestra Diócesis de celebrar nuestra fe proyectándola en la vivencia cristiana de la fraternidad, la justicia y la paz.

En la paz de Cristo y animados por la intercesión de Nuestra Señora de San Juan, sirvamos a Dios y a nuestros hermanos.

Con mi bendición.

+ *Felipe Salazar Villagiana*

V Obispo de San Juan de los Lagos

Presentación

El deseo evangelizador de nuestra Iglesia diocesana para este ciclo 2014 – 2015 proyectado en el V Plan Diocesano de Pastoral en su curso de acción, nos invita a celebrar el «Año de la vida en Cristo y del comportamiento social cristiano», a la luz de esta iniciativa, la CODIPAL se ha

propuesto en su objetivo para este año pastoral: *«Impulsar la celebración del Evangelio de la fraternidad, la justicia y la paz en la vivencia sacramental, para fomentar un rostro de Iglesia más solidario y misericordioso en nuestras culturas»*. Éste es el motivo por el que para esta

Semana de Animación Litúrgica en nuestras comunidades parroquiales, nos hemos propuesto como tema general: *«La celebración de la fe, proyecto de vida cristiana en la fraternidad, la justicia y la paz»*; y es que, la fiesta por la obra salvadora de Cristo que nos renueva, debe ayudarnos a reconocer que quienes celebramos el misterio de nuestra fe, estamos llamados a una «vida digna en Cristo» (Flp 1, 27), para que ésta provoque en





cada uno, un fuerte impulso de conversión que se refleje en el estilo de vida propio, en el ejemplo de vida para el mundo desde Cristo, ejemplo 'sin palabras' que se vive desde la caridad, signo distintivo de los discípulos de Cristo.

Y el tiempo de Pascua, es un tiempo favorable para el encuentro personal y comunitario con el Resucitado. Lo primero para despertar nuestra fe en Jesús resucitado es poder captar, también hoy, su presencia en medio de nosotros: hacer circular en nuestros grupos, comunidades y parroquias la paz, la alegría y la seguridad que da el saberlo vivo, acompañándonos de cerca en estos tiempos nada fáciles para la fe. De ahí que encontrarse con el resucitado es una experiencia que no se puede callar. El mundo de hoy no necesita más palabras, teorías o discursos. Necesita más vida, esperanza, sentido y amor; creyentes que nos puedan enseñar a vivir de otra manera porque ellos mismos están aprendiendo a vivir de Jesús.

Por ello, esta Semana de Animación Litúrgica nos presentará la temática en torno a la celebración de la fe y el comportamiento cristiano. Los temas que abordaremos son: La celebración de la fe y el compromiso social; La celebración sacramental de la fe, fuente de caridad; Liturgia y Cultura; La liturgia y corporeidad; El Domingo, día de alegría, descanso y solidaridad. Al mismo tiempo, como apéndice, ofrecemos una reflexión sobre la importancia de la homilía, en el contexto de la reciente publicación del Directorio homilético.

Pues bien, para esta jornada de estudio y oración, partiremos del hecho de que el proyecto de vida cristiana, que se vive en la fraternidad, en la justicia y en la paz, es un proyecto que se fundamenta en el 'mandamiento del amor'. Como lo afirma D. Borobio: *«No hay duda de que el amor es centro de la totalidad de lo cristiano: es el centro del Ser de Dios, de su actuar en la historia de la salvación, de su intervención redentora en Cristo, de su vivificación por la gracia en el Espíritu. Es el centro de la vida y la misión de la Iglesia. Es el sello identificante y más creíble del cristiano. Todo cobra sentido desde el amor verdadero. Y todo pierde sentido cuando falta o fracasa el amor. Siendo el amor en sí el primer valor humano, para el cristiano es también el primer valor divino. Desde la fe, no existe ningún amor verdadero que no quede integrado en la plenitud del amor de Dios. El Dios-Amor se ha infundido y se manifiesta en los amores de los hombres, y cuando los hombres amamos de verdad estamos expresando y realizando el mismo Amor de Dios, que a su vez, se manifiesta en el amor a los demás»*¹.

Que este itinerario de sensibilización, que parte precisamente desde la relación tan estrecha entre la unidad y la caridad y más ampliamente de toda la celebración litúrgica, nos impulse para que desde la reconciliación y la comunión entre las personas y reavivándonos desde la experiencia de encuentro con el resucitado, como discípulos-misioneros, demos con nuestra actividad pastoral un nuevo rostro a nuestras iglesias parroquiales, para que nuestra Iglesia Diocesana aparezca también con un rostro renovado (VPDP, n. 155-181). Así el saludo del resucitado «La paz sea con ustedes» (Lc 24, 36; Jn 20, 19. 21. 26), podrá ser, en nuestro contexto sociocultural, no sólo un deseo, sino una realidad que parte desde la celebración litúrgica y se manifiesta en la caridad, en la justicia y en la fraternidad.

Pbro. José Emanuel Vázquez Cavillo

Comisionado diocesano para la Pastoral Litúrgica

INDICACIONES METODOLÓGICAS PARA LA VII SEMANA DE FORMACIÓN Y ANIMACIÓN LITÚRGICA

Les recordamos una vez más que este espacio de estudio y formación va dirigido especialmente a los agentes de pastoral de nuestra diócesis, presbíteros y laicos miembros de la comisión parroquial de pastoral litúrgica [Proclamadores de la Palabra, Ministros extraordinarios de la Sagrada Comunión, Integranes de los coros: músicos-cantores, Sacristanes, Campaneros, Colectores, Monitores, Coordinadores de las celebraciones, Coordinadores de los servidores del Altar (monaguillos), Equipo de decoración y otros ministerios presentes en sus comunidades], pero que debe estar abierto a todos los miembros de la comunidad parroquial, ya que puede ser la oportunidad para que otros se interesen, integren y colaboren en la pastoral litúrgica parroquial.

Los contenidos de la VII Semana de formación y animación litúrgica, están inspirados en el Año de la vida en Cristo y del comportamiento social cristiano, que estamos celebrando en nuestra Iglesia diocesana. Es importante recordar que el subsidio temático que ofrece la CODIPAL debe ser estudiado y asimilado por el responsable/s de la comisión parroquial de pastoral litúrgica, para favorecer la propia actualización y formación y la de los agentes.

El tema general para esta VII Semana es *«La celebración de la fe, proyecto de vida cristiana en la fraternidad, la justicia y la paz»*.

Es importante retomar la evaluación de la VI Semana de formación y animación litúrgica 2014, para ver qué les puede servir de esa experiencia y



ahora qué deben implementar.

Necesario será dar a conocer esta Semana de animación litúrgica en la comunidad a través de los avisos, carteles, invitaciones, etc.

Esta semana debe ser planeada entre el sacerdote asesor del equipo de pastoral litúrgica parroquial y

los diferentes coordinadores de los grupos o equipos de los diferentes ministerios litúrgicos.

Prever un lugar adecuado para la realización de la semana, que incluya sonido y demás medios didácticos, pedagógicos y electrónicos para la realización de la misma.

Distribuir muy bien el tiempo de cada sesión, de tal manera que el material sea aprovechado al máximo y los participantes puedan asimilar mejor el contenido.

Aunque se proponen los temas para una semana de animación, se ofrece material para profundizarse y aplicarse a lo largo del año, y esa es la razón por la cual se pone un amplio aparato crítico en algunos temas; tomar en cuenta las notas y/o referencias en un tema haría demasiado pesada la sesión, pero es de mucha utilidad para responderse a los interrogantes y dudas que puedan surgir, o para hacer más precisiones.

Preparar bien los momentos de la Oración inicial y final, aunque sean breves.

Seguir la metodología del Ver, Pensar, Actuar y Celebrar como están estructurados los temas, tratando al mismo tiempo de enlazar un tema con el otro.



A la luz del contenido y la reflexión de los temas, revisar cómo está funcionando la comisión parroquial de pastoral litúrgica, cómo es asesorada, cómo está su programación y organización y que necesidades tiene. Es necesario también revisar, con qué frecuencia se reúne la comisión parroquial en pleno para la oración y el estudio.

De lo estudiado en la semana, es bueno llegar a compromisos concretos en vistas a la evaluación y programación próximas, según el tiempo en que se realice la semana. Aclarando que el mejor tiempo propuesto para su realización, es el tiempo pascual. Pero si en alguna comunidad no puede realizarse en éste, puede realizarse en el tiempo y momento que mejor sea conveniente. Lo importante es favorecer la realización de este espacio oportuno para el estudio y la oración.

Realizar la evaluación de la semana para detectar los aciertos y los errores, e informar de ello a la CODIPAL a través del coordinador decanal de pastoral litúrgica, ya sea parroquia por parroquia o haciendo el vaciado de todo el decanato, o

enviarla directamente al coordinador o secretario de la Comisión Diocesana.

Sugerimos se concluya la semana celebrando la Eucaristía para agradecer al Señor el trabajo realizado en bien de toda la comunidad, y al término de la misma se dedique un tiempo para convivir y se comparta la experiencia vivida.

Esperamos que estas indicaciones, además de las que ustedes puedan prever les ayuden a realizar con mucho éxito esta VII Semana de Formación y Animación Litúrgica.

De antemano los felicitamos y les auguramos una buena VII Semana de Formación y Animación Litúrgica. Les recordemos que el buen desempeño de nuestro trabajo pastoral dependerá mucho de cómo sea preparado, coordinado y realizado, de nosotros dependerá el rostro que le queramos dar a la Pastoral Litúrgica Parroquial.

*Comisión Diocesana de Pastoral Litúrgica
y Piedad Popular.*

Diócesis de San Juan de los Lagos

- CODIPAL -



Tema 1: La Celebración de la Fe y el Compromiso Social

«Pues si el pan es uno solo y todos compartimos ese único pan, todos formamos un solo cuerpo» (1 Cor 10,17).

OBJETIVO:

Reflexionar la relación entre la celebración de la fe o Liturgia y el compromiso social en el marco de la misión de la Iglesia, para promover y desarrollar nuestro proyecto de vida en la fraternidad, en la justicia y la paz.

ORACIÓN:

Guía: La relación entre Liturgia y compromiso social está en la alianza: Dios salva y perdona. Lo mismo ha de hacer el hombre. La tierra es de Dios (Lev 25, 23-24) y los hombres somos de Dios (Lev 25, 42). Los seres humanos, como hijos de Dios, somos administradores de la tierra. Nadie es propietario, de ahí que compartir con el hermano necesitado es una norma de vida. Las celebraciones litúrgicas nos lo recuerdan y lo exigen.

Leemos la Palabra de Dios que siempre nos ilumina.

«¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo la fe? Si un hermano o una hermana están desnudos y no tienen nada para comer, y uno de ustedes le dice: 'Váyanse en paz, abríguense y coman', pero no les da lo necesario para su cuerpo, ¿de qué sirve? Así también la fe si no tiene obras, está completamente muerta» (Sant 2, 14-17).

CANTO:

COMO PUEDES TU ORAR
COMO PUEDES TU ORAR
ENOJADO CON TU HERMANO? (BIS)
DIOS NO ESCUCHA LA ORACIÓN
SI NO ESTÁS RECONCILIADO (BIS).

Amémonos de corazón,
No de labios ni de oídos (bis),
Para cuando Cristo venga,
Para cuando Cristo venga,
Nos encuentre bien unidos (bis).

Hacemos esta oración comunitaria:

(De la Plegaria Eucarística V/b)

Señor, Danos entrañas de misericordia
Ante toda miseria humana,
Inspíranos el gesto y la palabra oportuna
Frente al hermano solo y desamparado,
Ayúdanos a mostrarnos disponibles
Ante quien se siente explotado y deprimido.
Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad
y de amor,
De libertad, de justicia y de paz,
Para que todos encuentren en ella un motivo
para seguir esperando.
Por Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.

I. VEAMOS

Si preguntamos a los cristianos católicos que salen de participar en la Misa: qué compromiso han tomado en la celebración litúrgica para trabajar en la sociedad en la que viven, con seguridad los tomaremos por sorpresa. Alguno por salir al quite dirá: «ser mejor», «portarme bien con mi familia», «vivir la humildad», etc.

La mayoría de los que participamos en la Eucaristía no percibimos el gran compromiso que brota de ella, que nos lleva a realizar tareas en bien de los demás.

Vivimos a modo tan personal cada celebración litúrgica que olvidamos que tiene repercusiones en la política, en la economía y en lo social de cada pueblo. De modo que fallamos en la vida práctica, acrecentando más la brecha entre fe y vida.

NOS PREGUNTAMOS:

¿Qué tiene que ver la Liturgia con la vida de cada cristiano?

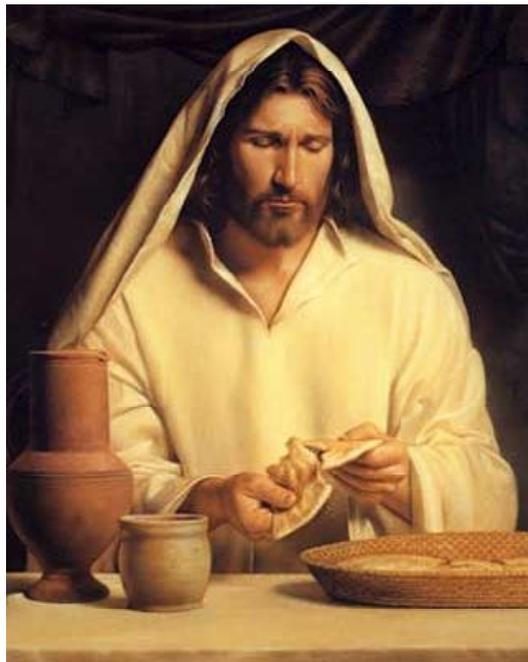
¿Qué tiene que ver la espiritualidad con la lucha a favor de la paz, la justicia y los derechos humanos?

¿Las celebraciones litúrgicas deben repercutir en la vida social?

II. PENSEMOS

La Eucaristía es el centro de todos los demás sacramentos, fuente y cumbre de la vida de la misión de la Iglesia (Sínodo 2005), y por tanto, de la vocación y de la misión de los cristianos. Esto es así porque en la Eucaristía se realiza no solo la unión de cada cristiano con Cristo, sino también la unidad de todos los cristianos entre sí, la unidad de la Iglesia. Por esta relación entre unidad y caridad (la Iglesia es comunión de amor), la celebración de la Eucaristía, y más toda celebración litúrgica, presupone y a la vez fomenta la reconciliación y la comunión entre personas (saludo), primero al interior de la comunidad cristiana y después fuera de la celebración (manifiesto en las primeras comunidades en una «comida»).

La relación entre Liturgia y compromiso en la caridad y en la justicia puede desarrollarse, en el espacio de esta comunicación, por medio de dos pasos. En primer lugar: la estrecha conexión entre Eucaristía y caridad, en el marco de la misión de la Iglesia. En segundo lugar: se abordan directamente las relaciones entre el culto y el compromiso cristiano en el mundo, en la caridad y la justicia.



1. EUCARISTÍA, CARIDAD, MISIÓN.

Por ser sacramento de unidad y de caridad, la Eucaristía es «*pan que da vida al mundo*» (Jn 6, 33). Esto se expresa en la oración por todas las personas, especialmente por los más necesitados, los que sufren, los pobres, los enfermos, etc., oración que ocupa en la celebración un lugar privilegiado.

a) La Eucaristía y la coherencia del amor.

No se puede compartir el pan eucarístico si no estamos dispuestos a compartir el pan de cada día y trabajar por un orden justo y fraternal en el mundo. La liturgia es manifestación de la comunión y por tanto, lleva a la responsabilidad por toda la humanidad y por toda la creación, comenzando por los necesitados más cercanos. Esto conlleva a evitar cualquier clasismo en la Eucaristía. «¿Deseas honrar el Cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo encuentres desnudo en los pobres, ni lo honres aquí en el templo con lienzos de seda, si al salir abandonas en su frío y desnudez. Porque el mismo que dijo «esto es mi cuerpo», y con su palabra llevó a realidad lo que decía, afirmó también: «Tuve hambre y no me diste de comer»... ¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo» (San Juan Crisóstomo, Homilias sobre el Evangelio de Mateo, 50, 3-4).

San Agustín conecta la Eucaristía con la caridad de modo gráfico: «Un mendigo te pide, y tú eres el mendigo de Dios. ¿Qué te pide el mendigo? El pan. Y tu,

¿qué es lo que pides a Dios, sino a Cristo que dijo: «Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo? ¿Quieres recibir? «Da y se te dará». (San Agustín, Sermón 83, 4).

No debemos olvidar que la caridad, en todas sus expresiones, es condición de credibilidad para la Iglesia y para contribución de cada cristiano en la

evangelización. «A menudo los cristianos nos convertimos en el mayor obstáculo para cuantos desean acercarse a Cristo... predicamos un Evangelio que no cumplimos. Esta es la principal razón por la cual la gente del mundo no cree». (Madre Teresa de Calcuta, *Escritos esenciales*, Santander 2002, p 1819).

La falta de coherencia entre Evangelio y vida de los cristianos es causa de escándalo que ha llevado a muchos al alejamiento de la Iglesia, y lo más doloroso que muchas de esos alejados o indiferentes sean los pobres y necesitados. «Por el sendero del justo descontento, se han ido y se están yendo las masas. Duele..., pero ¡cuántos resentidos hemos fabricado, entre los que están espiritualmente o materialmente necesitados! (Josemaría Escrivá, HOMILÍAS, *Surco* nn. 228 y 827).

Desde esa atención cristiana a los pobres y más necesitados debemos redescubrir a Cristo, porque cada uno de ellos son «*Alter Christus*». Por eso la indiferencia a ellos es indiferencia a Cristo: es negar a Dios en la práctica, vivir como si Dios no existiera, como si Dios no hubiera dado su vida en redención por «muchos». La encíclica de Benedicto XVI, *Deus caritas est*, es una clara llamada en este punto.

b) La «estructura de la misión».

La Iglesia es esencialmente la comunión de amor de los hombres con Dios Padre y entre sí, por Cristo (la palabra hecha carne) y en la acción del Espíritu Santo (sobre todo a partir de la Eucaristía). La palabra, el culto y la caridad son elementos que expresan la Iglesia. La Palabra, que es Cristo mismo vivo y anunciado por la Iglesia en la transmisión de la fe. El culto, que es acción oficial y pública de la Iglesia en alabanza y acción de gracias al Padre a través de Cristo y gracias a la acción del Espíritu Santo. La caridad, que es la «sustancia» de la comunión.

Palabra, culto y servicio de caridad don los elementos esenciales por los que la Iglesia se edifica. Así lo vivieron las primeras generaciones de cristianos, participar en la liturgia eucarística no consistía simplemente en rezar, cantar juntos y dialogar con el celebrante, sino también aportar una ofrenda para concretar la participación personal en la comunión y formar la comunidad entre todos,

ricos y pobres, en una misma fraternidad (eso mismo expresamos en la colecta).

Según *Deus caritas est*, los Hechos de los Apóstoles vienen a ser la definición de Iglesia, entre cuyos elementos constitutivos se enumeran: la adhesión a la «enseñanza de los Apóstoles» (Palabra), la «fracción del pan» y «la oración» (culto) y la «comunión» (*koinonia*) (caridad). Y la comunión se manifestaba en que «*los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común: vendían sus posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno*» (Hch 42, 44-45). No había diferencia entre ricos y pobres.

Palabra, culto, servicio de caridad, son desde el principio, los elementos que edifican a la Iglesia, con la misma fuerza de las misiones trinitarias del Verbo y del Espíritu Santo, por eso estos elementos en su conjunto expresan la naturaleza de la Iglesia. Es la fe vivida en torno a la celebración eucarística, la que impulsa al testimonio y a la misión (Cfr. Hch 13, 1-5). Estos tres elementos expresan el triple «*munus*» de Cristo: Profeta, Sacerdote y Rey, del que participamos los cristianos por el Bautismo, y que son aspectos muy inseparables de la única misión de la Iglesia.

Estos tres elementos fundamentales conforman la estructura de la misión de la Iglesia que tiene como raíz, fruto y síntesis el amor. «Toda la actividad de la Iglesia es una expresión de un amor que busca el bien integral del ser humano... Por tanto, el amor es el servicio que presta la Iglesia para atender constantemente los sufrimientos y las necesidades, incluso materiales, de los hombres» (*Deus caritas est*, n. 19).

2. RELACIONES ENTRE EL CULTO Y EL COMPROMISO CRISTIANO EN LA CARIDAD Y LA JUSTICIA.

Estas relaciones pueden sintetizarse con dos principios implicados: el culto es presupuesto para un compromiso verdaderamente cristiano; por tanto el compromiso en la promoción humana es consecuencia intrínseca del culto.

a) Dos principios mutuamente implicados.

1.- Ante todo, el culto, centro y condición de vida cristiana, es presupuesto para un comportamiento verdaderamente cristiano. El problema es ¿cómo comprender esto? El compromiso ético del cristia-

no hunde sus raíces más profundas no en un sistema de verdades abstractas, sino en los hechos mismos de la historia de la salvación, que el «acontecimiento» de Cristo recapitula y la anamnesis litúrgica actualiza.

Resulta, por eso, incoherente el intento de una atención cristiana al hombre sin atención al culto. La vocación cristiana se configura, ella misma, como una participación en el sacerdocio de Cristo (cultural, profético y regio), y por tanto como un culto espiritual. Esto quiere decir que la celebración de la gloria de Dios, hecha en y desde las realidades temporales, es la meta del compromiso cristiano.

La celebración tiene, respecto al compromiso un triple papel: impulsor (mueve a la transformación del mundo desde la participación de la vida de Cristo), normativo (manifiesta las características y las exigencias del Reino) y recapitulador (en ella se ofrece y recapitula simbólicamente lo que en la vida se realiza de modo existencial y operativo: el esfuerzo por la justicia, la paz, etc.).

Es lógico pues que la celebración haga eco del obrar cristiano, sea por medio de su carácter festivo (celebrar constituye el núcleo de la fiesta cristiana), sea por la dimensión pedagógica de la liturgia (educa a la comunión en la diversidad), sea por el modo en que la Palabra se proclama y se actualiza (en las moniciones, en las oraciones del ministro que preside la celebración y en la plegaria universal de los fieles, los cantos, y, sobre todo, en la homilía). Es en la vida nueva de Cristo la que el cristiano se compromete a extender en su propia vida y en la del mundo. «Si no somos capaces de ver a Cristo en el pan —decía Teresa de Calcuta—, tampoco lo descubriremos bajo la humilde apariencia de los demacrados cuerpos de los pobres» (*Escritos esenciales* 138-142).

2.- Si el culto es presupuesto para el comportamiento cristiano, es lógico que el compromiso en la promoción humana sea consecuencia intrínseca del culto.

Hablar de consecuencia intrínseca equivale a subrayar que la caridad no es un *plus* que se añade a la tarea cristiana de anunciar la fe y celebrar los sacramentos, sino la consecuencia lógica de la vida cristiana configurada por la Palabra y el Sacramento.

La caridad como subraya *Deus caritas est*, pertenece a la naturaleza y a la expresión de la Iglesia al mismo nivel y con el mismo título que la fe y «los sacramentos de la fe». Es raíz y fruto a la vez, sustancia de la vida cristiana misma, que es siempre Comunión con Dios y con los hombres en Iglesia. Por eso, sería insuficiente un culto cristiano que no desembocara naturalmente en la atención al hombre. (Cfr. CDSI, n. 539). Sin la atención concreta a las personas, en lo espiritual y material, la oración puede deformarse en individualismo, intimismo o espiritualismo y la celebración puede ser una celebración narcisista.

La salvación «integral» del hombre, pide la comunión con Cristo en los sacramentos y la promoción humana como aspecto esencial de la evangelización.

b) Culto y compromiso según el SÍNODO DE LA EUCARISTÍA (2005).

Desde la escucha de la Palabra de Dios, la Eucaristía lleva a la comunión con el Señor en el Espíritu Santo, que nos transforma y santifica. Al continuar y entregar la vida misma de Cristo, la Eucaristía impulsa a continuar, en Iglesia, la misión de Cristo. Esta misión comporta la promoción humana que está «implícita en la evangelización» (SÍNODO DE LOS OBISPOS 2005, *Proposición*, n. 42).

La espiritualidad cristiana es esencialmente eucarística, de modo que la Eucaristía debe proponerse como núcleo de la vida familiar y profesional, social y política.

En síntesis, la Eucaristía abre a la solidaridad que se traduce tanto en el ámbito espiritual como material. A Dios lo conocemos al partir el pan (Lc 24, 30-31), y unos a otros nos conocemos en el acto de partir el pan. No estamos solos.

III. ACTUEMOS

Nos preguntamos:

¿Qué novedades nos aporta este tema respecto de la relación Liturgia y compromiso?

¿La Iglesia debe meterse o no en el ámbito de la política, economía y lo social?

¿Tiene la Iglesia derecho y obligación de hablar y trabajar por la justicia social luchando contra la pobreza, no solo de obra sino también de palabra?

¿Efectuamos nosotros también este divorcio entre fe y vida?

¿Cómo celebraremos una liturgia más enfocada en la transformación de la sociedad?

¿Qué hacemos concretamente respecto al compromiso al que nos impulsa cada celebración litúrgica?

IV. CELEBREMOS

Guía: En un momento de silencio reflexionamos a cerca de lo que nos pide el Señor respecto de este tema y tratamos de ofrecerle nuestro compromiso.

Las siguientes intercesiones pueden alternarse con cada uno de los asistentes.

Presidente: Amoroso y bondadoso Dios, de quien procede toda caridad en el cielo y en la tierra, que en la Liturgia nos invites a unirnos más íntimamente a ti y a los hermanos, atiende estas humildes súplicas que con fe te dirigimos

**R/. DANOS UN CORAZÓN
MISERICORDIOSO.**

- 1.- Por la Iglesia, para que seamos testimonios del amor de Cristo al practicar la caridad y al fomentar la justicia y la paz alrededor del mundo, **Oremos al Señor...**
- 2.- Por nuestras parroquias y comunidades, para que unidos construyamos una sociedad en la cual cada persona pueda vivir con dignidad y esperanza, **Oremos al Señor...**
- 3.- Por los católicos de nuestra nación, para que los valores de nuestra fe nos sirvan de guía cuando ejerzamos nuestra responsabilidad como votantes, **Oremos al Señor...**
- 4.- Por los miembros de esta comunidad, para que encontremos la manera de ayudar a construir un mundo más respetuoso de la vida y la dignidad humana, **Oremos al Señor...**
- 5.- Por aquellos que buscan ser electos a cargos públicos, para que nos guíen con valor y sabiduría reflejando la enseñanza de la Iglesia que el

análisis moral de nuestra sociedad se basa en cómo tratamos al pobre, al débil, y al vulnerable, **Oremos al Señor...**

6.- Por los que sufren a causa de la pobreza y de injusticias, para que nuestras decisiones en este año electoral nos lleven a establecer políticas y programas que los ayude a vivir con dignidad, **Oremos al Señor...**

7.- Por todos los pueblos del mundo, para que el Espíritu de Dios inspire a los líderes de nuestra nación a proteger a toda Su creación, **Oremos al Señor...**

8.- Por todos los trabajadores del mundo, especialmente por los niños que trabajan muchas horas por poca paga, para que todos busquemos la forma de fomentar la equidad, la justicia, y la dignidad en sus vidas, **Oremos al Señor...**

9.- Por todos los líderes del mundo, para que encuentren la manera de poner fin a toda guerra y toda forma de violencia y promuevan la paz y el desarrollo de todas las naciones, **Oremos al Señor...**

Presidente: Escucha Señor nuestra plegaria, y acrecienta en nosotros el deseo de servirte en cada uno de tus hijos. Ayúdanos a recurrir a los recursos de nuestra fe al hacer uso de las oportunidades que nos ofreces cada día para moldear una sociedad más respetuosa de la vida, la dignidad y los derechos de la persona humana, especialmente del pobre y del vulnerable. Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo, un Dios por los siglos de los siglos. Amén.

(Oración colecta de la Misa votiva por la paz y la justicia)

Señor,

**Tu dijiste que cuantos trabajan por la paz
Serían llamados hijos de Dios;**

Concédenos entregarnos sin descanso

A instaurar en el mundo

La única justicia que puede garantizar

A los hombres una paz firme y verdadera.

Por Jesucristo, Nuestro Señor. Amén.

CANTO:

UN MANDAMIENTO NUEVO...

Tema 2: La Celebración Sacramental de la Fe, Fuente de Caridad

OBJETIVO

Reflexionar desde la celebración sacramental de nuestra fe, para redescubrir sus implicaciones en la fraternidad, la justicia y la paz, como proyecto fundamentado en el 'mandamiento del amor'.

ORACIÓN

Guía: En el nombre del Padre...

Al inicio de nuestro estudio/reflexión proclamemos el siguiente himno, que sintetiza el compromiso cristiano que celebramos en el rito sacramental:

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Lector: Nos congregó y unió el amor de Cristo.
Regocijémonos y alegrémonos en él
Temamos amemos al Dios vivo.
Y amémos con corazón sincero.

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Lector: Pues estamos en un cuerpo congregados.
Cuidemos que no se divida nuestro afecto.
Cesen las contiendas malignas,
cesen los litigios.
Y en medio de nosotros esté Cristo Dios.

Ant. Donde hay caridad y amor, allí está Dios.

Lector: Veamos juntamente con los santos tu glorioso rostro, ¡oh Cristo Dios!
Éste será gozo inmenso y puro.
Por los siglos de los siglos infinitos. Amén.

(Puede también entonarse el canto: Donde hay caridad y amor, ahí está el Señor).

I. VEAMOS

Es necesario que en el contexto sociocultural de nuestras comunidades, analicemos, tratando de ser objetivos, las realidades que en torno a la celebración de nuestra fe, acontecen. Respondamos a las siguientes preguntas:

- La celebración de la fe ¿Es un acto prioritario para todos los bautizados? ¿En qué se nota?
- Ahora bien, la celebración sacramental de la fe, ¿está fuertemente ligada al compromiso del cristiano? Da algunos ejemplos.
- El actuar de cada cristiano, es una proyección del rito sacramental que ha celebrado al participar en la Eucaristía o al haber recibido el Bautismo?
- ¿La celebración de la fe, impulsa a vivir la fraternidad, la justicia y la paz?



II. PENSEMOS

Es preciso recordar que la celebración cristiana de la fe, tiene una implicación social intrínseca a la celebración misma, es decir, uno que por la evangelización y el ejercicio de su propia libertad acepta la vida de fe, la vida cristiana, indiscutiblemente estará motivado a celebrarla con la comunidad de creyentes que se reúne, como asamblea convocada a la escucha de la palabra y a la fracción del pan, y

esta participación comunitaria, sin duda provocará en el individuo no solo el vivo deseo de hacerla vida, sino el vivo impulso de vivirla ahí en el ambiente donde comparte su ser con las demás personas.

Pero ésta unión estrecha entre la fe creída, celebrada y vivida, tiene un fundamento, este es Cristo, el mismo que con el Padre y el Espíritu convoca a vivirla en comunidad, con la comunidad y para la comunidad, pero desde el que brota el mismo aspecto central del mandamiento nuevo del amor. De hecho el creyente está llamado a hacer mimesis de Aquel quien lo ha llamado y reunido en torno a su altar, haciéndolo partícipe de su misma vivencia del amor. Y es que, si la caridad es la esencia de Dios, el centro de la predicación y la vida de Cristo, la vida que el Espíritu infunde en los cristianos, el núcleo del cristianismo y el distintivo de los verdaderos cristianos, no puede no ser también el contenido central del misterio que celebramos, participamos y vivimos en la celebración de nuestra fe, sobre todo en los sacramentos².



Y como lo afirma D. Borobio: La caridad no puede confundirse con la simple filantropía³, y menos con el romanticismo del amor. La caridad es la virtud sobrenatural por la que amamos a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a nosotros mismos, por amor a Dios, es decir, todo cristiano participa fraternalmente de la unidad en el Amor, capaz de potenciar su vida y su acción en y por amor a Dios y a los demás, en la comunidad eclesial.

Si esto es así, y la verdad de este amor como cristianos tiene en los sacramentos uno de sus momentos más privilegiados de identificación, de autenticación y de realización, tendremos que decir que en ellos se encuentra la verdadera «fuente y culmen» de una vida en caridad⁴ y amor. El amor cristiano es tal por su referencia a Cristo en

la fe y por su participación en el mismo amor de Cristo. Y esta participación adquiere una significatividad y vigor especial en la misma celebración de los sacramentos. En ellos está presente y actualiza su amor, impulsándonos a amar como él nos ha amado⁵.

No cabe duda que, el amor, lo mismo que la fe, si no van unidos a la caridad están «muertos»⁶, son estériles, puesto que las obras son los signos prácticos que hacen creíble el amor de Dios en nosotros, y nuestro amor a Dios y al prójimo⁷.

Así para nosotros agentes-ministros servidores en la acciones litúrgicas, nuestra participación en ellas, debe favorecer las «obras de caridad» ante la comunidad cristiana, y ante el mundo que puede

percibir nuestra participación como un signo de amor, sobre todo cuando va unido a una vida auténticamente cristiana.

En este contexto, hay dos momentos especialmente celebrativos, que marcan la vida de quien los vive y celebra. Nos referimos al Bautismo (haciendo referencia también a la Confirmación) que se proyecta y vincula con la Eucaristía. Ambos, puntos focales de nuestro ser ministerial, uno por el que tiene razón de ser nuestro servicio (sacerdocio común)⁸ y otro, en el que como comunidad madura, celebramos la vida de Iglesia, de familia, de fraternidad, de justicia y de compromiso social (Cuerpo de Cristo)⁹¹⁰, son fuente de caridad.

2.1 La celebración litúrgico-sacramental en camino hacia la comunidad.

La Iglesia, comunidad de vida que se manifiesta, se promueve o se deforma en la práctica de los ritos litúrgico-sacramentales. Muchos cristianos mantienen viva la frescura del evangelio gracias a los sacramentos y las prácticas de la piedad popular, mientras otros siguen alguna práctica esporádicamente un poco por inercia o costumbre

social; no faltan también quienes abandonan toda práctica de las celebraciones¹¹, algunas veces por ignorancia, otras por desinterés, otras tantas por los compromisos del ajetreo de la vida sociocultural de nuestra época. En este sentido, si el sacramento no sucede al margen de la fe del hombre, tampoco sucede fuera de la vida el hombre. Así, la celebración del sacramento debe desplegarse en la vida de quien lo celebra, ya que, sólo quien celebra puede vivir en plenitud su vida cristiana, y sólo quien se esfuerza por vivir con autenticidad esta vida puede celebrar el sacramento, ya que el sacramento es un acontecimiento de gracia en la vida y para la vida¹². Bien, adentrémonos en nuestro cometido y vayamos pues a éste primer cometido nuestro ¿de dónde brota la fraternidad? La celebración de la fe ¿es base sólida para el proyecto de vida comunitaria?

2.1.1 Bautismo y caridad.

Como premisa, justificaremos que no entraremos en todo aquello que atañe sobre la teología del Bautismo y su celebración; ni explicaremos la situación actual y la problemática pastoral en torno al mismo. Nuestra misión será, destacar algunos aspectos del bautismo, relacionados con la caridad o el amor. Pues si el bautismo es manifestación viva del amor de Dios, de él brota también el agua fecunda de la caridad.

a) Bautismo, amor ofrecido.

Entre los sacramentos, ninguno expresa tan significativamente como el bautismo, la total gratuidad del don que Dios ofrece. Es Dios mismo el que, con su libertad amorosa, viene al encuentro del hombre, sin que el hombre haya ofrecido nada a cambio. Dios se anticipa, previene, muestra inicialmente el camino de un proceso a lo largo del cual este encuentro está llamado a ser más consciente y correspondiente a aquel amor y fe inicial. Podríamos decir que la primera carta de amor de Dios, se prolonga, en un diálogo de correspondencia permanente, que abarca la vida entera del bautizado.

El ser cristiano no es, en primer lugar, producto de un compromiso u opción personal, sino gracia donada de Dios, por el acontecimiento del sacramento del bautismo, que de forma misteriosa pero real, transforma nuestro ser y es fuente y pórtico de una nueva vida. La vida cristiana no es, pues, producto de la invención del ser humano, sino fruto de la apertura consciente y libre a una transforma-

ción real que Dios ha efectuado en su ser por medio de la gracia.

b) El bautismo, amor celebrado.

La gracia donada es, al mismo tiempo, gracia celebrada. Los ritos, a la vez que realizan lo que significan, ilustran pedagógicamente su contenido y misterio. Por ellos, la comunidad es invitada a pasar del signo al significado, de lo visible a lo invisible, del rito a lo que por él se expresa y en él se contiene, puesto que el rito es el principio de un crecimiento en la vida bautismal. El bautizado está llamado a ser y aparecer como miembro de la Iglesia, a la que con su ejemplo está llamado a hacer crecer en la unidad y en el amor.

c) El bautismo, amor vivido.

Somos claramente conscientes, que no todo termina con el rito del bautismo. El bautismo es ciertamente «el fundamento de toda la vida cristiana, el pórtico de la vida en el espíritu y la puerta de la vida y del reino, que abre el acceso a otros sacramentos¹³», entendiéndolo no como un sacramento independiente sino que unido sobre todo a la eucaristía. Sólo cuando el amor ofrecido y celebrado en el bautismo se convierte en amor vivido, podemos decir que despliega todo su dinamismo y verdad, ya que el «después» del bautismo debe desarrollarse a lo largo y ancho de toda la vida cristiana, en relación con la escucha y acogida de la Palabra; en relación con la oración y celebración y; en relación con la justicia y la caridad. La vida bautismal, constituye un principio dinámico de crecimiento, que se refleja en los compromisos que afectan la vida personal, la vida familiar, eclesial y social.

La caridad que nos ofrece y se celebra en el bautismo, debe ser acogida en la vida, a lo largo de todos los momentos y situaciones, según la vocación y misión específica de cada bautizado. Bautismo, caridad bautismal dinámica, apostolado, participación en la misión, servicios y ministerios laicales en corresponsabilidad..., son dimensiones que están unidas a una misa raíz: el bautismo.

2.1.2 La Confirmación, amor celebrado y vivido.

Para un cristiano ya no existe un amor ofrecido que no sea un amor celebrado. El amor de Dios recibido y celebrado en el don del Espíritu Santo, requiere ser acogido en la actitud y com-

promiso del confirmado, para que produzca todos sus frutos.

La «marca espiritual» o el «carácter indeleble» que imprime la confirmación, permanece para siempre y reviste al cristiano de una fuerza especial para ser testigo de Cristo, es decir, para difundir y defender la fe mediante la palabra y las obras como verdaderos testigos de Cristo, y confesar valientemente el nombre de Cristo sin sentir jamás vergüenza de la cruz¹⁴.

En una palabra, el amor de Dios recibido y celebrado en el Espíritu pentecostal de la confirmación, se convierte en amor vivido y correspondido, cuando el confirmado asume libre y conscientemente su misión en la Iglesia y en el mundo; cuando pone en acción los dones con que el Espíritu lo ha enriquecido; cuando escucha su voz y se deja mover por su impulso para anunciar el amor de Dios; cuando es valiente y no se avergüenza de ser testigo de Cristo y de su evangelio, ante los hombres y en el mundo, cualquiera que sea la circunstancia y situación en que tenga que desarrollar su vocación y su misión¹⁵.

2.1.3 La Eucaristía, amor y caridad¹⁶.

La eucaristía es el centro de la manifestación y presencia del amor de Dios a los hombres, en Cristo y el Espíritu. Si Dios es Amor¹⁷, y Cristo es la revelación suprema de este amor, y el Espíritu es la fuerza que nos impulsa a vivir en el amor, en la eucaristía es allí donde ésta comunión de amor trinitario se hace presencia viva y transformante para la Iglesia y el cristiano.

a) La eucaristía, amor de Dios ofrecido.

Para un cristiano decir «eucaristía» es decir «caridad y amor», no hay ni puede haber separación. Pero este amor, antes que expresar un ideal de relación interhumana, es expresión de una gracia inmensa de autodonación amorosa de Dios a los hombres. Ágape (charitas) «no significa ante todo el acto o el sentimiento benéfico, sino el don espiritual, el amor de Dios que el Espíritu Santo infunde en el corazón humano y que lleva a entregarse a su vez al mismo Dios y al prójimo». «En la eucaristía, Jesús no da ‘algo’, sino a sí mismo; ofrece su cuerpo y derrama su sangre. Entrega así toda su vida, manifestando la fuente originaria del amor divino. Él es el Hijo eterno que el Padre ha entregado por nosotros»¹⁸.

Es la eucaristía el sacramento del amor de Dios en Cristo y el Espíritu, puesto que esta entrega del amor de Dios se manifiesta de forma única en Jesucristo. Toda su existencia terrena de Jesús es un acto de amor permanente, que llega a su punto culminante en la entrega de su vida en la cruz. Todo este amor se prolonga, se actualiza y se concentra en la eucaristía. Los signos que rodean la última cena con sus discípulos manifiestan este amor: lavar los pies a sus discípulos, entregarles como testamento el «mandamiento del amor»... todo ello es expresión de un amor sin límites, que se entrega para la salvación de los hombres.

La Iglesia, celebrando la eucaristía, recuerda y actualiza de muchas formas que se trata de un acto sublime de Amor de Dios, permanentemente ofrecido a los hombres. La misma eucaristía constituye la referencia de identidad para todo seguidor de Jesucristo, que ha de hacer de su vida una ofrenda de servicio¹⁹.

Existe, por tanto, una relación profunda, entre eucaristía y servicio, entre eucaristía y amor a los otros, entre eucaristía y caridad²⁰. La eucaristía nos presenta, de modo radical, el «criterio del servicio» y las actitudes de amor. En la eucaristía se hacen presentes aquella caridad y servicio que el mismo Cristo realizó en la última cena²¹.

b) La eucaristía, amor de Dios celebrado.

El amor ofrecido es también amor celebrado, amor expresado en signos y símbolos, en gestos y acciones eucarísticas, haciendo de todo ello una verdadera «fiesta» de amor de Dios, de comunión eclesial, de ágape fraterno, de proclamación y confesión de fe en el verdadero Amor²².

Juan Pablo II, hablando de «eucaristía y caridad» afirmaba: «Si la vida cristiana se manifiesta en el cumplimiento del principal mandamiento, es decir, en el amor a Dios y al prójimo, este amor encuentra su fuente precisamente en el Sacramento, llamado generalmente ‘sacramento del amor’. La eucaristía significa esta caridad, y por ello la recuerda, la hace presente y al mismo tiempo la realiza. No solo conocemos el amor, sino que nosotros mismos comenzamos a amar. Entramos, por así decirlo, en la vía del amor y progresamos en este camino. El amor que nace en nosotros de la eucaristía, se desarrolla gracias a ella, se profundiza, se refuerza»²³.

Desde aquí podemos comprender entonces que, la caridad de Dios debe llegar a todos, a través de la caridad de los hijos de Dios. No se puede compartir el pan de la eucaristía, sin estar dispuestos a compartir el pan de la vida. El sacrificio sobre el altar de piedra, exige el sacrificio sobre el altar de carne, que son sobre todo los más pobres y necesitados. Y la comunión en el cuerpo y sangre de Cristo solo será plena si implica la comunicación de bienes en la autocomunicación de sí mismo. La eucaristía es expresión, concentración y realización sacramental de una caridad y una justicia que la precede, la acompaña y la debe continuar en el amor y atención a los ‘pobres’.

Desde aquí entendemos que al compartir el pan, en la comunión eucarística, éste es al mismo tiempo un pan que concilia y que perdona, y que tiene en sí como consecuencia no sólo el perdón sino la paz misma. En el signo de la fracción del pan, no sólo de manera invisible sino sobre todo visible, se manifiesta de modo privilegiado que el Amor de Dios, hecho eucaristía, se comparte dándose, y se da compartiéndose. Por lo que ‘partir el pan’ no es solo un rito que prepara el alimento para ser comido, expresa también la unión de los diversos comensales en un mismo pan. Comulgar no sólo es unirse en el mismo pan y vino del sacrificio, es dejarse unir por y en aquel que sigue ofreciéndose en sacrificio. La comunión es koinonía²⁴ de todos con Cristo y de Cristo con todos; la comunión expresa y realiza la unión en el amor de Aquel que se da como comida para la unión y el amor. La comunión con Cristo realiza la comunión con el cuerpo de Cristo que es la Iglesia. Por tanto, en la eucaristía no solo se comulga con Cristo, se comulga también con la Iglesia, siendo la comunión el máximo signo de pertenencia a Cristo y a la Iglesia.

c) La eucaristía, amor de Dios vivido.

Podemos afirmar que la eucaristía es «verdadera escuela de amor activo al prójimo», pues actualiza el mismo amor de Cristo por los hombres, y a quienes queremos seguirle nos educa, nos fortalece, nos impulsa a seguir su ejemplo en la vida. En y por la eucaristía debemos hacernos conscientes de la dignidad de todo hombre, lo que motivará nuestra relación humana y cristiana con el prójimo, haciéndonos particularmente sensibles a todo sufrimiento y miseria humana, a toda injusticia y ofensa, y

buscando el modo de repararlos de manera eficaz. La eucaristía vivida debe llevarnos a adoptar un estilo de vida marcado por la fraternidad, la justicia y la caridad. Pues el Cuerpo de Cristo se identifica con el cuerpo necesitado de nuestros hermanos.

Hoy nuestra tarea es sin duda ‘eucaristizar²⁵ la vida con el amor’, ya que si la eucaristía es ‘fuente y culmen’ de la vida cristiana, quien de verdad ha celebrado su vida en la eucaristía, no puede no seguir celebrando la eucaristía en su vida, puesto que ésta ‘transforma toda nuestra vida en culto espiritual agradable a Dios’²⁶.

La eucaristía no cambia automáticamente la vida, pero al celebrarla, la expresa de forma nueva, la hace existir de modo diferente, la recrea de algún modo. Por tanto, si la eucaristía celebra la vida, la vida debe celebrar y vivir la eucaristía. De la vida venimos, con la vida celebramos, a la vida volvemos. «Eucaristizar la vida» es vivir el Amor ofrecido y celebrado, que transforma todos y cada uno de los actos de nuestra existencia en actos de amor y caridad.

En cada Misa debemos agradecer y admirar en acogida sincera el Amor sin igual de Dios; un Amor que mueve la historia humana, que rompe fronteras y elimina odios, que invita al perdón y tiende la mano a quien nos ha ofendido; un Amor que se hace servicio a todos, especialmente a quien más sufre, por su soledad, por la pobreza, por el hambre, por innumerables penas interiores.

Una vez que la celebración eucarística llega a los ritos de despedida, significa que la asamblea debe volver transformada a la vida, para transformar la misma vida. Eucaristía y misión son dos aspectos intrínsecamente unidos. «No podemos guardar para nosotros el Amor que celebramos en el sacramento. Este exige por su naturaleza que sea comunicado a todos²⁷». Enviados a cumplir nuestra misión en la vida, debemos hacer presente lo que se entona en aquel conocido canto: «Ubi caritas et amor, Deus ibi est»²⁸...

2.2. Conclusión.

El carácter comunitario de la celebración de la fe, pone de manifiesto el compromiso social que la misma celebración implica. La celebración litúrgico-sacramental es fundamentalmente un paso decisivo en la edificación de la comunidad²⁹. Nuestra

celebración, es más, nuestra participación en ella -prestando cual sea nuestro ministerio-, debe hacernos conscientes del carácter performativo de la celebración misma, puesto que en ella no puede haber separación entre lo que se dice y lo que se hace; así no puede haber contradicción entre lo que decimos celebrar y lo que decimos hacer-vivir. Una vez descubierto este factor transformante de la celebración, nosotros mismos debemos ayudar al pueblo de Dios a percibir el actuar de Dios en la historia de salvación y en la vida personal de cada miembro³⁰.

De esta manera, el proyecto de vida cristiana que se gesta ya desde el bautismo nos hace comprender la resonancia que debe tener en nuestro actuar la vida litúrgico-sacramental del creyente. El bautismo que se encamina hasta la eucaristía pone de manifiesto este carácter comunitario que se traduce en la capacidad de compartir³¹; en la vivencia de la fraternidad³²; y en el servicio a los demás³³ en la vida comunitaria³⁴.

III. ACTUEMOS

Hemos reflexionado ampliamente sobre las implicaciones que la celebración sacramental de nuestra fe tiene para todo cristiano. Ahora bien, estas reflexiones,

- a) **¿qué compromiso despiertan en nosotros?**
- b) **¿Qué urgencia/tareas descubrimos en la vida de nuestra comunidad?**
- c) **Cómo agentes de pastoral ¿cómo debemos ayudar a la comunidad a redescubrir las exigencias y connotaciones que la celebración de la fe tiene para el actuar del cristiano?**

IV. CELEBREMOS

Guía: Concluyamos nuestro encuentro recordando el texto paulino sobre la caridad, el carisma más importante en la vida cristiana, el que es motor para el vivir y actuar de todo el que ha abrazado la vida del Amor:

Nota: Se puede intercalar el canto entre las estrofas del himno de la caridad: Si yo no tengo amor.

**Lector: Si hablara todas las lenguas
de los hombres y los ángeles
y no tuviese amor,**

**soy como bronce que resuena
o címbalo que retiñe;
y si teniendo el don de profecía
y conociendo todos los misterios
y toda la ciencia,
y tanta fe que trasladase los montes,
si no tengo amor, no soy nada;
y si repartiese todos mis bienes
y entregase mi cuerpo al fuego,
no teniendo amor,
nada me aprovecha.
El amor es paciente,
el amor es servicial;
no envidia,
no se jacta,
no es presuntuoso;
no es descortés,
no busca lo suyo,
no se irrita,
no piensa mal;
no se alegra de la injusticia,
sino que se complace en la verdad;
el amor todo lo perdona,
todo lo cree,
todo lo espera, todo lo tolera.
Todo pasará, menos el amor.**

(1Cor 13, 1-13)

Guía: Ahora juntos proclamemos la siguiente plegaria para pedir a Dios la gracia de vivir enamorados de Dios en nuestros prójimos:

**Todos: Nada puede importar
más que encontrar a Dios.
Es decir, enamorarse de Él
de una manera definitiva y absoluta.
Aquello de lo que te enamoras
atrapa tu imaginación,
y acaba por ir dejando su huella en todo.
Será lo que decida qué es
lo que te saca de la cama en la mañana,
qué haces con tus atardeceres,
en qué empleas tus fines de semana,
lo que lees, lo que conoces,
lo que rompe tu corazón,
y lo que te sobrecoge de alegría y gratitud.
¡Enamórate! ¡Permanece en el amor!
Todo será de otra manera.**

(Pedro Arrupe, sj)

Tema 3: Liturgia y Cultura

OBJETIVO:

Reflexionar en la relación que existe entre la liturgia y la cultura, para que al celebrar nuestra fe, contribuyamos con las demás áreas de la nueva evangelización, a seguir impulsando la cultura cristiana y su potencial humanizador en la fraternidad, la justicia y la paz.

ORACIÓN:

Guía: En el nombre del Padre... Ven, Espíritu Santo...

Lector: Lectura del Libro de los Hechos de los Apóstoles: 2,1-11. Meditamos un momento en silencio este texto preguntándonos qué nos dice.

Salmista: al Salmo 66 vamos a responder:

Que te alaben, Señor, todos los pueblos. Aleluya.

Ten piedad de nosotros y bendícenos;
vuelve, Señor, tus ojos a nosotros.
Que conozca la tierra tu bondad
y los pueblos tu obra salvadora. **R.**

Las naciones con júbilo te canten,
porque juzgas al mundo con justicia;
con equidad tú juzgas a los pueblos
y riges en la tierra a las naciones. **R.**

Que te alaben, Señor, todos los pueblos,
que los pueblos te aclamen todos juntos.
Que nos bendiga Dios
y que le rinda honor el mundo entero. **R.**

En los ámbitos religiosos se ha convertido en un lugar común la insistencia en el hecho de que nuestra cultura general ha cambiado radical y rápidamente, y que ello constituye la música de fondo para muchos de nuestros problemas sobre la transmisión de la fe a las nuevas generaciones.

En este «Año de la vida en Cristo y del compromiso social cristiano», queremos con este tema queremos contribuir a hacer presente la cultura cristiana en la fraternidad, la justicia y la paz.

I. VEAMOS

Tratemos de analizar la situación cultural que estamos viviendo y los retos que le plantea a la nueva evangelización, y por tanto a la celebración de nuestra fe.

Respondamos a las siguientes preguntas.

1. En tu comunidad, ¿qué retos plantea la cultura a la fe cristiana?
2. Desde la celebración de nuestra fe (la liturgia), ¿se da respuesta a estos retos o no?
3. ¿Qué tan inculturada ves la celebración de nuestra fe en tu comunidad? ¿Puedes compartir alguna experiencia?
4. La celebración de nuestra fe, ¿influye en la vivencia de la fraternidad, la justicia y la paz?

II. PENSEMOS

1. La cultura, sus retos y posibilidades para la fe cristiana

Al hablar del tema de la fe y la cultura pueden surgir desconfianzas, retos, pero también grandes posibilidades a la fe para continuar impulsando la cultura cristiana.

a) Los retos de la cultura

Y hablando, precisamente de los retos, en 1975 el Papa Pablo VI afirmaba en la EN:



«La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo, como lo fue también en otras épocas. De ahí que hay que hacer todos los esfuerzos con vistas a una generosa evangelización de la cultura, o más exactamente de las culturas. Estas deben ser regeneradas por el encuentro con la Buena Nueva. Pero este encuentro no se llevará a cabo si la Buena Nueva no es proclamada» (n. 20).

La ruptura entre Evangelio y cultura es una muralla que separa la fe cristiana de la cultura postmoderna y oscurece el sentido de Dios y el sentido del hombre. Esto conlleva un reto importantísimo para la fe cristiana. Nada menos que ayudar al hombre a encontrar a Dios en una cultura donde Él ha quedado relegado... como escondido en medio de una mentalidad científico-técnica con otras prioridades... donde Dios y su misterio, la religión, parecen innecesarios, sin significación ni relevancia.

La ruptura entre el Evangelio y la cultura es el gran reto, y la evangelización de la misma es el antídoto necesario para que podamos acortar las distancias entre el Evangelio y la cultura y se pueda seguir generando la cultura cristiana.

b) Las posibilidades de la cultura para la fe cristiana

Hablar de la cultura es algo complejo. En un sentido positivo del término la cultura es algo de lo que no se puede huir, como un océano en el que nadamos sin darnos cuenta. Es como el aire que respiramos, del que asimilamos estilos de vida sin ser conscientes de ellos y en el que se da forma a nuestras disposiciones y a nuestros horizontes.

2. La fe cristiana es fermento de cultura

Fe y cultura se interpenetran, puesto que a la vivencia religiosa, la fe en su sentido más abarcante, le es connatural el expresarse culturalmente. Y la dimensión religiosa, por ser dimensión que arraiga en el fondo humano, resulta insuprimible en las culturas, que ofrecen una interpretación de la existencia. Así, las expresiones y las formas de vivir la fe se ven influidas por la cultura en que los creyentes se hallan insertos. Y, como veremos, la cultura recibe a su vez la impronta de la fe.

Y la fe que, lejos de inhibir, estimula la razón y otros resortes, despliega posibilidades creativas: la

fe —la verdadera fe, no sus deformaciones— crea cultura, genera cultura, se afirma a la vista de realizaciones históricas y de hechos constatables hoy mismo.

De hecho, Pablo VI y Juan Pablo II han repetido que: «la síntesis entre la cultura y la fe no es solamente una exigencia de la cultura, sino también de la fe. Una fe que no se hace cultura es una fe no plenamente vivida, no enteramente pensada y fielmente vivida» (Discurso fundacional del Consejo pontificio para la cultura, 1982).

Algo parecido decía el Papa Benedicto XVI, con ocasión de la Jornada por la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Italia (Roma 24-4-12), que la fe cristiana es la cuna de la cultura y la chispa que ilumina a la razón, afirmaba: «hay que tener bien presente y enfatizar que la fe cristiana es fermento de cultura y luz para la inteligencia, estímulo para el desarrollo de todas las potencialidades positivas, para el verdadero bien del hombre». Por último señalaba que: «la tarea de la Iglesia es alcanzar al hombre allá donde vive, estudia, trabaja, sufre, descansa; ayudarlo a descubrir la fecundidad del Evangelio para su existencia cotidiana, personal y social. El Evangelio, en efecto, es capaz de iluminar y orientar la solución de cuestiones vitales para el futuro de la humanidad».

El anuncio del evangelio reclama de los creyentes que lo vivan de forma encarnada, lo que equivale a decir que la fe ha de informar su mundo vital y el entramado cultural en que se insertan. La fe *se hace cultura* al inspirar creaciones diversas, pero también en el sentido abarcante que el término tiene en nuestro tiempo, es decir, cuando informa y alienta una verdadera humanización.

Y ha de transmitir la convicción, que llega desde la propia fe y alienta la esperanza, de que en tiempos de crisis y de llamativo pluralismo cultural, *la fe puede desarrollar el potencial humanizador que guarda en su entraña*. La fe puede ayudar a que las culturas progresen y, sobre todo, a que sean culturas dignas de los seres humanos, seres, al fin, *amados por sí mismos* por el Dios en quien creemos.

Debemos aclarar que la misión de promover la cultura cristiana y su potencial humanizador puede tener rasgos contraculturales, porque los valores del Reino de Dios no siempre tienen carta de ciudadanía en una sociedad secularizada, subjetivista,

relativista, hedonista y consumista como en la que nos ha tocado vivir.

3. La fe celebrada en la liturgia y el compromiso de impulsar la cultura cristiana

La liturgia es la *fides celebrata*, es la fe que se celebra y al celebrarse nos va introduciendo en el misterio de Cristo, de Dios, y todo esto mediante un lenguaje.

a) La liturgia fuente y vehículo de la cultura

La liturgia tiene un poder extraordinario. Ni la catequesis ni la reflexión sobre Dios tienen la capacidad de hacer realmente presente su objeto. En cambio, la liturgia tiene el extraordinario poder de cambiar a la persona que se ve implicada en ella, como también cambia el pan y el vino: «tus pecados te son perdonados», «ahora eres una nueva criatura», etc.

Ahora bien, este realismo de la liturgia, esta eficacia creativa suya, además de crear salvación, también crea significado, genera cultura. El realismo de este encuentro con el Señor que salva llevará de hecho poco a poco a tejer esta realidad con todas las dimensiones de nuestra vida y del mundo, para que la existencia se haga conforme al realismo de la liturgia —y no al revés— en cuanto que en la liturgia alcanzamos la verdadera vida. Esa es la verdadera realidad como principio de la nueva creación. Una capacidad de producir cultura, la de la liturgia, tanto más eficaz cuanto que el lenguaje que utiliza, como el de la Escritura, reproduce más que cualquier otro la plenitud y la multiplicidad de la vida y la fe. Por eso, en este lenguaje, el hombre aprende a conocerse en todos los registros de su existencia personal y en los que lo unen a todos los hombres y aprende también a expresarse en su totalidad.

La liturgia genera la cultura porque es una fuente extraordinaria de cultura, un poderoso vehículo de cultura. A lo largo de su historia, la Iglesia ha jugado el papel de patrocinadora de obras de arte; los poetas crearon textos, los músicos compusieron

melodías, los arquitectos hicieron los planos de las catedrales, los orfebres diseñaron cálices y relicarios. No nos imaginamos, ordinariamente, los múltiples componentes de una acción litúrgica que ha hecho nacer tanta belleza.

La Liturgia fue, en Occidente, uno de los principales crisoles en los que se mezclaron las fuentes de la cultura occidental, Jerusalén, Atenas y Roma. Ahí, durante veinte siglos, se fundieron, uniendo el *Aleluya* hebreo, el *Kyrie* griego y el *Stabat mater* medieval. La constante no hace sino aparecer muy vivamente el reto de la inculturación, hoy y mañana.

Sobre el tema de la inculturación de la liturgia podemos brevemente dar una palabra. Este tema, es un tema delicado e importante. No falta quien diga que la liturgia hoy está de cara al pueblo pero de espaldas a la cultura. Hay quien piensa que el problema no es tanto el lenguaje, sino los

lenguajes (Benjamín Bravo). No falta quien opine que la reforma litúrgica postconciliar ha sido más una obra de restauración (redescubrimiento de la liturgia del pasado) que de creatividad, como elaboración de un lenguaje simbólico y ritual en consonancia con la cultura actual (Emilio Alberich S.). San Juan Pablo II ha señalado que la «inculturación de la liturgia» es un cometido importante para la renovación litúrgica (cfr. VQA 16). Finalmente muchos liturgistas afirman que la frontera de la reforma litúrgica emprendida por el concilio Vaticano II se encuentra precisamente en este punto, en la inculturación de la liturgia.

Aunque se ha avanzado en este tema los retos siguen existiendo. Se puede decir que se ha dado todo un proceso histórico, teológico, antropológico, litúrgico y pastoral para lo que la Carta Magna de la «inculturación Litúrgica» (SC 37-40) llamó «Adaptación», hoy la IV Instrucción de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos para aplicar debidamente la constitución SC, o *Varietates Legitimae* (VL) (25-1-1994), le da el nombre de «inculturación litúrgica». La



inculturación litúrgica significa, la diversidad en las expresiones culturales y unidad en la fe y en la tradición cristiana (cfr. VL 18).

Para la Iglesia latinoamericana y caribeña la inculturación de la liturgia constituye un gran desafío que hay que afrontar (cfr. SD 248), ya que los cambios culturales dificultan la transmisión de la fe (cfr. DA 100d), de allí la necesidad de la inculturación de la fe (cfr. DA 479), y por tanto de la liturgia.

Tenemos que seguir afrontando este reto en medio del pluralismo cultural que estamos viviendo. Y en diálogo con la tradición de la Iglesia, debemos crear un lenguaje litúrgico que sea más acorde a la sensibilidad del hombre postmoderno, para que el anuncio, la celebración y la vivencia del misterio cristiano sea cada día más creíble, cercano y atractivo.

Por otro lado, la Liturgia se propone cultivar a los participantes; los trabaja, anunciándoles la Palabra de Dios e invitándolos a cambiar de vida; da palabras a sus gritos, inquieta y hace gozar; consuela y nos hace huir.

La liturgia cultiva, primeramente, poniendo, a los que reúne, en contacto con el patrimonio de la Tradición de la Iglesia. La Liturgia no busca la dificultad por la dificultad, tampoco el hermetismo y todavía menos, el esoterismo. Abre, sin cesar, el tesoro, gratuitamente y graciosamente; confía en la sagacidad de los participantes para que se la apropien, al ritmo que les convenga. No será un drama si no entiendo de inmediato la riqueza de estos dos versos:

«No pensemos que Dios calla,
¡cuando él se expresa con su nacimiento!»

La Liturgia cultiva a los que reúne, ofreciéndoles los datos de la fe, por tradición. Lo hace, también, trabajándolos por las palabras que les enseña, por las frases escuchadas, por ese tesoro simbólico confiado a la memoria del corazón y de donde se puede abreviar, en caso de necesidad.

La liturgia es, en el más amplio sentido del término, una iniciación. Paralelamente, la liturgia sumerge a los participantes en su texto y en su música, como en un baño, para que se impregnen de ellos y puedan apropiárselos. En todos los sentidos de la palabra, ella hace obra de cultura.

b) Del culto nace la cultura

Para algunos autores rusos, del culto nace la cultura. Según Pavel Florenski, el corazón de la cultura es precisamente el culto. «El culto se entendía por sí mismo por lo que no eran necesarias explicaciones ya que el centro de la vida era el culto y no sus nociones interpretadas y parasitarias. [...] Éste es el lugar del culto en la religión. De este modo, se hace comprensible el lugar central del culto incluso en toda la cultura, según la apreciación de la teoría sagrada. *La cultura*, como muestra también la etimología de la palabra cultura que proviene de *cultus*, tiene como núcleo y raíz el culto. *Cultura* como participio de tiempo futuro, como *natura* indica algo que se desarrolla. *Natura* es lo que siempre se genera, *cultura* es lo que siempre deriva del culto, como si fuera la germinación del culto, sus brotes, sus tallos laterales. Las cosas sagradas son la creatividad principal del hombre; los valores culturales son productos del culto, como una capa exfoliada del culto, como la película seca de una planta bulbosa. De este modo, la liturgia es el centro y las demás actividades crecen en torno a ella, o mejor dicho, surgen de ella».

Vladimir Truhlar precisa que Dios tiene la iniciativa del culto: llama y se revela. El hombre responde Y se relaciona con Él en una actitud que expresa un absoluto reconocimiento de la existencia incondicional del Otro. Según como ya hemos visto, ésta es la definición de la fe, una especie de éxtasis que la persona vive en el radical reconocimiento del Otro. Truhlar afirma que ese reconocimiento se va concretando poco a poco, se hace físico en gestos, silencios, palabras, se hace canto, incienso, danza, postraciones. Se trata de signos y valores que empiezan a tejer la trama de la cultura.

Así era para Israel, donde el reconocimiento de lo Absoluto que se daba en el culto «desbordaba» luego en todos los campos de la vida personal y social: desde los preceptos sobre los alimentos, hasta la reglamentación de las relaciones familiares, económicas, jurídicas, sanitarias, artísticas (que nace como «arte sacro», como decoración del Arca de la Alianza), literarias, históricas, una historia percibida como historia sagrada, como pueblo sagrado unificado en una familia, como una obra sagrada de cultura. Y así era por lo general para todos los pueblos de la antigüedad. La expresión de

esta relacionalidad tan radical se convierte en cultura, una especie de escritura, de registro de esta orientación y esta relación.

En el centro del acontecimiento de la cultura se da, por tanto, una energía, una fuerza real que mueve al hombre hacia el otro. Esta fuerza es tan real y absoluta que a justo título puede ser llamada «amor». Por eso, también el amor con el que responde el hombre está marcado por un cierto carácter absoluto, en virtud del cual se puede orientar al Otro y basar en esta relación la orientación a los demás. Esto indica que la cultura es un testimonio convincente de la victoria sobre el egoísmo. En este sentido, la cultura tiene en sí una dimensión espiritual, abierta a la salvación, experimentable cada vez que nos dejamos mover por esta fuerza altruista, comunal, comunicativa. Es una fuerza que convence a la inteligencia humana según la manera del amor de que el Yo se salvará si sacrifica sus tendencias a encerrarse en sí mismo, a la autoafirmación y al aislamiento.

c) En el amor se encuentra el sentido de la cultura

Llegamos, pues, a la conclusión de que no se pueden separar cultura y salvación. Se puede ser incluso inconsciente del don de la redención, pero la caridad, que nos mueve hacia el otro y nos da la facultad de sacrificarnos a nosotros mismos para comunicar, hace visible la obra de la salvación. En este sentido, se intuye que, en el fondo de la cultura, hay un valor fundamental que genera los demás valores y significados, signos y símbolos. Y este valor fundamental es el amor. Por eso tiene razón Nikolaj Arsen'ev cuando afirma que el amor es el sentido de la cultura. El amor empuja a la comunicación, y, por ese motivo, es creativo: inventa lenguajes, gestos, expresiones, signos, símbolos... No se cohibe, no se consigue acallar, ni siquiera se consigue matarlo. El amor vive, de hecho, de modo pascual, es decir, a través de la muerte y la resurrección.

Por eso, en el corazón de la tradición cristiana está el martirio, el martirio manifiesta la creatividad de la fe y, por lo tanto, de la Iglesia. El martirio tiene que ver con la creatividad y expresa la máxima santidad de la Iglesia de tal modo que la fe cristiana sigue estando testimoniada por los santos, los mártires y el arte con el paso de los siglos. Un arte que

también está unido a la santidad y la liturgia. En este sentido, el arte está en la frontera entre el mundo de los hombres y el de Dios. El mártir es fecundo antes que nada en el cielo, pero su fecundidad aflora antes o después en la historia y de su sangre brota una gran teología y una vida más rica para la Iglesia que aún permanece en la tierra. El mártir ya no tiene la posibilidad de hablar del misterio de la Iglesia, ni de explicar cómo es Dios trino en quien cree y de cuya vida participa, ni tampoco puede explicar cómo es Cristo. Por eso lo muestra. Se abandona en las manos de quien no le entiende o no quiere entenderle. En un determinado momento, el mártir constata la insuficiencia de las palabras, los términos, el lenguaje y, abandonándose en las manos de quien le persigue, se hace a sí mismo icono de Cristo, y por lo tanto una revelación, una presencia de Cristo en la historia. Con este gesto, muere de alguna manera para su cultura, su aparato lingüístico, terminológico, conceptual, porque ya no le sirve para poder hablar de Cristo. Pero en la fuerza interior de no romper la comunión, se abandona como Cristo al Padre y a los canallas que han ido a prenderlo en Getsemaní. Un único abandono: las manos del Padre que Cristo experimenta en ese momento, como las manos de los criminales y los soldados. El cielo y la tierra se tocan en un único acto de amor.

Cristo cerró sus ojos en la cruz sin haber podido ver un resultado palpable de su predicación. Pero su palabra y su obra redentora resucitan en los bautizados a través de toda la historia y, del mismo modo, también el mártir y cada cristiano vive un martirio espiritual en el diálogo con las culturas. El diálogo entre las culturas no es una cuestión abstracta, teórica, sino que pasa por un encuentro entre las personas, que se realiza siempre de una manera pascual.

A su vez, el mártir vive esta dimensión de Cristo, esta verdad que es suya. Y su fe le da la certeza de que todo lo que se envuelve en el amor está custodiado por la resurrección, de que todo lo que es absorbido en el amor es redimido, cubierto con Cristo, resucitando en Dios. De la misma manera que el cristiano es capaz de renunciar a determinadas expresiones para salvar la comunión de las personas porque sabe que el amor inventará y creará nuevas expresiones, es todavía más radical la convicción pacificadora del mártir de que resucitarán los valores a los que muere.

Conclusión

Hemos señalado que la ruptura entre Evangelio y cultura es una muralla que separa la fe cristiana de la cultura postmoderna y oscurece el sentido de Dios y el sentido del hombre. Este es el tiempo que nos ha tocado vivir, este es el gran reto para la nueva evangelización, evangelizar esta cultura que a veces es tan inhumana y tan corta de horizontes.

La fe sólo puede llegar a crecer y a madurar en la medida en que sepamos apreciar y cultivar los valores auténticamente humanos. Necesitamos anunciar, celebrar y vivir una fe comprometida que promueva la cultura cristiana y su potencial humanizador, sólo así se podrá garantizar el futuro de nuestro presente tan inseguro y violento que nos llena de miedos, y tan lleno de desencantos que nos limita las esperanzas. Vale la pena, tenemos que afrontar el riesgo, tenemos que ser contraculturales.

Somos hombres y mujeres de fe; en la esperanza seremos salvados si nuestro amor tiene la capacidad imaginar, de sensibilizarse, de innovar y de crear un lenguaje, una realidad y un mundo más digno de nuestra condición humana. «Esperamos nuevos cielos y nueva tierra, en los cuales mora la justicia» (2 Pe 3, 13). Deseamos por ello que la celebración de la fe ayude a seguir impulsando la cultura cristiana y su potencial humanizador en la fraternidad, la justicia y la paz.

III. ACTUEMOS

A la luz de lo que hemos reflexionado en este tema sobre la relación existente entre la liturgia y la cultura, veamos ahora que implicaciones se nos plantea.

1. Uno de los grandes retos que tiene la Iglesia en el momento actual es la evangelización de la cultura y la inculturación del mensaje de la fe (cfr. PC 5), desde la pastoral litúrgica, ¿qué acciones pastorales deberíamos realizar para responder a este reto?
2. ¿Qué deberíamos de hacer para crear un lenguaje litúrgico que estuviera en diálogo con la tradición pero también con la sensibilidad de la cultura actual?
3. La piedad popular, una de las mayores expresiones de una verdadera inculturación de la fe (PC 28), y que ha influido significativamente en el proceso de evangelización de América Latina y del Caribe, ¿qué deberíamos hacer para seguir impulsando su potencial evangelizador?

4. ¿Cómo podemos contribuir desde la pastoral litúrgica junto con las demás áreas de la nueva evangelización, a seguir impulsando la cultura cristiana y su potencial humanizador en la fraternidad, la justicia y la paz.

IV. CELEBREMOS

Agradecemos al Señor que nos ha permitido acercarnos al tema de la liturgia y la cultura, un tema interesante que nos plantea muchos retos pastorales. Unámonos con gratitud a la alabanza universal, recitando el Salmo 148 intercalando después de cada estrofa la antifona, «Alabad al Señor en el cielo. Aleluya», la cual se puede semi entonar.

Salmo 148

ALABANZA DEL DIOS CREADOR

**Alabad al Señor en el cielo,
alabad al Señor en lo alto.
Alabadlo, todos sus ángeles;
alabadlo todos sus ejércitos.**

**Alabadlo, sol y luna;
alabadlo, estrellas lucientes.
Alabadlo, espacios celestes
y aguas que cuelgan en el cielo.**

**Alaben el nombre del Señor,
porque él lo mandó, y existieron.
Les dio consistencia perpetua
y una ley que no pasará.**

**Alabad al Señor en la tierra,
cetáceos y abismos del mar,
rayos, granizo, nieve y bruma,
viento huracanado
que cumple sus órdenes,**

**montes y todas las sierras,
árboles frutales y cedros,
fieras y animales domésticos,
reptiles y pájaros que vuelan.**

**Reyes y pueblos del orbe,
príncipes y jefes del mundo,
los jóvenes y también las doncellas,
los viejos junto con los niños,**

**alaben el nombre del Señor,
el único nombre sublime.
Su majestad sobre el cielo y la tierra;
él acrece el vigor de su pueblo.
Alabanza de todos sus fieles,
de Israel, su pueblo escogido.**

Tema 4: La Liturgia y la Corporeidad

Este tema de contenido tan amplio, puede complementarse profundizando un texto de De Clerck titulado: «Una percepción del cuerpo y de los sentidos», donde el autor desde el aspecto antropológico, justifica la tan importante relación interioridad-exterioridad, como la acción puede arrastrar nuestra mens; o sea, nuestro espíritu, nuestra mentalidad, nuestra exterioridad. Para decir que un movimiento importante también va de la exterioridad a la interioridad. Primero hacer, después entender, para dejarse llevar por una acción hecha de palabras y de gestos destinados a transformar nuestras ideas y toda nuestra vida. Cfr. DE CLERCK PAUL, Para comprender la liturgia, Sus dimensiones teología, eclesial y cultural, Buena Prensa, México 2011, 35-64. Puede también consultarse una publicación de los cuadernos Phase titulada: Liturgia y corporeidad. Consideraciones antro-po-teológicas, IVICA ŽIŽE, Corporeidad en la Liturgia, CUADERNOS PHASE 55 (2015), 85-90.

OBJETIVO:

Descubrir la necesidad de ser cada vez más conscientes de la manera como la Liturgia procede para llegar al espíritu: no intelectualmente, sino corporalmente.

ORACIÓN

Guía: En el nombre del Padre...

Al tener la oportunidad de encontrarnos, celebrando la presencia del Señor resucitado entre nosotros cantemos juntos:

Reunidos en el nombre del Señor que nos ha congregado ante su altar celebremos el misterio de la fe bajo el signo del amor y la unidad, celebremos el misterio de la fe bajo el signo del amor y la unidad. Tu, Señor, das sentido a nuestra vida, tu Presencia nos ayuda a caminar, tu Palabra es fuente de agua viva que nosotros a tu mesa venimos a buscar. Purifica con tu gracia nuestras manos, ilumina nuestra mente con tu luz, que la fe se fortalezca en tu Palabra y tu Cuerpo tomado en alimento nos traiga la salud.



I. VEAMOS

El mundo de la moda en el que nos encontramos ha sobrevalorado la cultura del cuerpo. Desde su centro de radiación simbólica, el cuerpo se ha convertido en objeto a explotar, a desear o a liberar.

¿A que nos invita la cultura moderna que celebra la corporeidad?

La transformación del cuerpo en objeto de culto es un fenómeno postmoderno que puede ser visto como reacción a la reducción del cuerpo en Occi-

dente. Esto se advierte en el mundo del espectáculo, de la moda y del deporte. La historia cultural del cuerpo puede ser leída a través de la moderna crisis

del rito. Sobre todo, la reducción del cuerpo ha caminado junto al desgarrar del cuerpo del rito. La crisis del rito ha revelado, en efecto, la profunda crisis del cuerpo. Pero en este lugar el cuerpo comienza a conocer su «naturaleza simbólica».

¿Creemos que el rito es la cuna simbólica del cuerpo donde inicia a reconocerse en su originaria apertura a la trascendencia?

En la liturgia, el cuerpo descubre el vínculo, la presencia, la percepción del Misterio. ¿Qué tanto el aspecto físico-corporal es tomado en cuenta en las celebraciones?

II. PENSEMOS

Ya en nuestra sesión anterior, hemos reflexionado en la relación que existe entre la liturgia y la cultura y cómo celebrando nuestra fe, contribuimos con las demás áreas de la evangelización, a seguir impulsando la cultura cristiana y su potencial humanizador en la fraternidad, la justicia y la paz.

Ahora nos proponemos ampliar, desde la perspectiva antropológica la relación tan estrecha entre la liturgia y el cuerpo, fundamental este último en la celebración de nuestra fe.

Hay que recordar que la expresividad de la persona humana engloba toda su unidad: espíritu y corporeidad. El hombre, todo él, con su identidad entera, está en relación con los demás, y está, también en presencia de Dios, y expresa sus sentimientos interiores no sólo con la palabra, sino también con sus movimientos y gestos, con su mismo porte y postural corporal. Por ello hay que recordar, que hay momentos de culto cristiano que resultan mucho más expresivos y coherentes si los realizamos de rodillas o de pie o sentados. Es por eso que ahora profundizaremos sobre la relación entre símbolo y corporeidad, liturgia y el cuerpo y los sentidos en la liturgia.

1. Símbolo y corporeidad

El cuerpo es fuente de símbolos. El cuerpo es el centro de irradiación de símbolos. Estos descubren el cuerpo como forma de percepción del sentido y de la presencia. Cuando el hombre ha descubierto el

sentido del movimiento, cuando ha descubierto que está presente en el mundo, ha nacido el símbolo. En el símbolo fue pronunciado su ser en el mundo y en el acontecimiento de su presencia se sitúa el nacimiento del símbolo. Por esto el símbolo es el acontecimiento de la presencia del ser humano.

Los símbolos son «cuerpos vivos». Estos no son los restos de una historia cultural del ser humano, sino los espacios vivos de su desplegarse espiritualmente en el mundo, las formas de acceso al sentido del ser y, finalmente, las figuras de su encuentro con lo sagrado. El cuerpo es el sujeto de esta dinámica simbólica sin la cual no sería posible acceder al sentido, más aún, estaría para siempre vinculado a sus necesidades naturales y a sus reacciones con el ambiente. Los símbolos son las mediaciones existenciales que surgen precisamente en las acciones

con las que el hombre accede al orden del sentido y del valor. Por este motivo, los símbolos actúan y revelan al ser humano: son las mediaciones de la identidad humana.

El símbolo integra la unidad del hombre y lo pone en apertura a la trascendencia. Por este motivo, el hombre vive la trascendencia de lo sagrado en el contexto de los símbolos. Todo acto, gesto o palabra revela el cuerpo como modulación de la presencia y apertura

a la trascendencia. El cuerpo es el símbolo decía *Romano Guardini* porque ‘el cuerpo es la forma de la presencia y del conocimiento del mundo’. Por medio de la mediación corpórea el hombre alcanza la presencia de sí y gracias a los símbolos expresa su propia presencia espiritual.

Por ello, el hombre, el espíritu encarnado, se realiza en una continua mediación simbólica y vive en una continua interacción con los símbolos. Los símbolos son cuerpos vivos en cuanto las mediaciones de los vínculos, espacios vivientes de afecto, son formas de presencia. El cuerpo está originariamente conformado por los signos de la presencia y contemporáneamente dirigido hacia el horizonte trascendente. En su origen simbólico la corporeidad es capaz de acoger y vivir la trascendencia de lo sagrado.



La relación entre cuerpo y rito es capilar. Los ritos son «los procesos corpóreos simbólicamente codificados» con los cuales el hombre accede a lo sagrado. En los ritos, por tanto, el cuerpo conoce sensiblemente la presencia de lo sagrado. El principio corpóreo del rito, de modo particular, surge en la ritualidad cristiana. La experiencia corpórea se manifiesta como el acceso a la trascendencia.

También si el rito cristiano se funda sobre la totalidad del acontecimiento cristológico, su fundamentación debe buscarse en aquel acto ritual en el que Jesús ha confiado la mediación a su misterio. El pan y el vino son símbolos de su Pascua, de la muerte y de la resurrección de su cuerpo. Más aún, el pan y el vino, asumidos en un proceso ritual de anuncio y narración, son símbolos en cuanto las formas de mediación de la presencia. A través del hecho de comer y de beber el creyente participa en el misterio pascual, asumiendo en el propio cuerpo la vida dada de la Pascua de Cristo.

2. La liturgia y el cuerpo

En la liturgia es fundamental la acción de un cuerpo. Un cuerpo social de mujeres y de hombres; el cuerpo está lejos de ser una actividad exclusivamente intelectual, y la liturgia se dirige más globalmente al cuerpo. Desde su naturaleza corporal, la liturgia hunde sus raíces en el cosmos. Necesariamente se sitúa en un tiempo y en un espacio. La primera ley de la liturgia se sitúa en la asamblea, no se hace liturgia uno solo. La asamblea es la primera palabra del vocabulario litúrgico. La liturgia nos hace tomar posiciones, posturas³⁵; las más nobles, la que es más litúrgica, si se puede decir, es el estar de pie, pues esta postura expresa dignidad: los pies sobre la tierra, pero la cabeza hacia el cielo; es la postura normal de la oración común, donde todo el ser está dirigido a Dios. Para las lecturas nos sentamos (menos para el Evangelio, por respeto a la palabra de Cristo). La postura puede convenir más la oración personal. Hay que mirar también la postura de las manos y de los brazos. Darse la mano



es un signo de confianza. El sacerdote eleva también los brazos y las manos en las oraciones y en la plegaria eucarística.

Las posturas comunes ofrecen una ayuda, favorecen la acción de la asamblea y se presentan como soporte de la oración común: «Las posturas corporales común, que han de observar todos los que toman parte en la celebración, es un signo de la unidad de los miembros de la comunidad cristiana congregadas para celebrar la sagrada Liturgia, ya que expresa y fomenta al mismo tiempo la intención y los sentimientos de los participantes» (IGMR 42-43).

3. Una liturgia de los sentidos

Nuestros cinco sentidos tienen una gran contribución en la liturgia. Las acciones litúrgicas los reclaman:

La Vista: El sentido que más apela la Liturgia es, sin duda, la vista. Sin embargo, está llena de la dialéctica joánica de ver y de creer: Jesús invita a sus discípulos diciéndoles: «Vengan y vean» (Jn 1, 39).

El Oído: El oído es el sentido más característico de la liturgia; requiere de un esfuerzo más grande que el de la vista.

Proclamación de la Palabra: No se trata simplemente de leer un texto, sino más bien de transmitir la Palabra de Dios; esto es más difícil de lo que se cree.

El tacto: La liturgia hace un sobrio uso de él. En el bautismo, en la unción; en el catecumenado de adultos se hacen las unciones prebautismales en el pecho y en las manos. En la unción de los enfermos se hace la unción sobre la frente y las manos.

El gusto: La liturgia hace muy poco uso de él. En la antigüedad, también se comulgaba en Pascua con una copa de leche y miel, alimento de la tierra prometida.

El olfato: La práctica litúrgica está subdesarrollada con relación al olfato; podrían estimular más este sentido. Temernos el incienso, pero casi nada más.

III. ACTUEMOS

Hemos reflexionado sobre el rito, el cuerpo, los gestos, así como sus posturas dentro de la celebración litúrgica, que nos llevan a la trascendencia de lo Divino. Ahora bien, estas reflexiones,

- a) **¿qué compromiso despiertan en nosotros?**
- b) **¿Qué urgencia/tareas descubrimos en la vida de nuestra comunidad?**
- c) **Cómo agentes de pastoral ¿cómo debemos ayudar a la comunidad a redescubrir la belleza de la celebración Litúrgica para acrecentar el amor a la Eucaristía.**

IV. CELEBREMOS

Porque sabemos que la vida de Dios, es una vida que se experimenta y se celebra a través de nuestro cuerpo, alabemos al Señor con la siguiente

ORACIÓN DEL CUERPO

VISTA

1. Gracias Señor por haber podido contemplar a los niños que juegan, que duermen, que sonríen agradecidos a cualquier propuesta que les hacemos.
2. Gracias Señor por ese descanso plácido de nuestros mayores que nos han dado su vida y ahora descansan satisfechos.
1. Gracias porque a lo largo de nuestra vida hemos visto a gente que se ama, que comparte sin fronteras.
2. Gracias por el amanecer y la puesta de Sol: por los matices del cielo gris cuando va a llover; por la tierra bien trabajada, alineada, limpia.

1. Gracias por volver a ver a personas queridas, por la cara de relajado de un enfermo dolorido cuando le ponemos un calmante.

1 y 2. Gracias Señor

OÍDO

1. Gracias Señor por el oído que a lo largo de nuestra vida nos ha permitido escuchar el mar, las tormentas que en la infancia nos daban miedo, la música que podemos disfrutar.
2. Gracias Señor por haber escuchado las risas

juveniles, las anécdotas de nuestras abuelas, los lloros a media noche de nuestros hijos.

1. Gracias por haber sido capaces de escuchar los gritos de las cárceles y de los hospitales.
2. Gracias Señor porque muchas veces nos han reconocido algo que hemos hecho, porque nos han dado las gracias o un ‘no importa mañana lo harás mejor’ cuando nos hemos equivocado.
1. Gracias por esas canciones con las que aprendimos a bailar.
- 1 y 2. Gracias Señor.

TACTO

1. Gracias Señor por el poco explotado tacto.
2. Gracias por el apretón de manos, por esa mano que se apoya en el hombro o la mejilla;
1. Gracias porque nos ayuda a descubrir nuestro cuerpo.
2. Gracias porque nos ayuda a saber si está la leche caliente cuando metemos en ella el dedo.
1. Gracias también por el otro tacto, el de saber cuándo y cómo hay que decir algo a alguien.
- 1 y 2. Gracias Señor.

GUSTO

1. Gracias Señor por los pasteles y otros dulces: por el agridulce.
2. Gracias por esas cenas especiales con la gente que queremos, que posibilitan esas tertulias tan inolvidables.
1. Gracias por el agua tan simple, sin sabor pero tan buena.
- 1 y 2. Gracias Señor.

OLFATO

1. Gracias por las plantas recién cortadas, por la tierra mojada cuando en los pueblos no había asfalto, quizás tan querida y suspirada porque era necesaria para el campo.
2. Gracias por el olor a hospital que nos cura.
1. Gracias por la clavelina silvestre, tomillo, romero, del pino y de todas las plantas de secano.
2. Gracias por el olor de la fruta madura.
1. Gracias por el olor del café y de infusiones.
- 1 y 2. Gracias Señor.

Tema 5: El Domingo Día de Alegria, Descanso y Solidaridad

OBJETIVO:

Reflexionar en el domingo, día del Señor, como día del hombre también para que profundizando en la alegría, el descanso y la solidaridad, proyectemos socialmente la fe que celebramos.

ORACIÓN

Cantamos la respuesta al Sal 117 después de cada estrofa:

**R. Este es el día del triunfo del Señor,
día de júbilo y de gozo.**

Te damos gracias, Señor, porque eres bueno,
porque tu misericordia es eterna.
Diga la casa de Israel:
«Su misericordia es eterna». **R.**

La diestra del Señor es poderosa,
la diestra del Señor es nuestro orgullo.
No moriré, continuaré viviendo
para contar lo que el Señor ha hecho. **R.**

La piedra que desecharon los constructores, es
ahora la piedra angular.
Esto es obra de la mano del Señor, es un
milagro patente. **R.**

*Y se concluye con la oración colecta del Domingo XXV del
Tiempo Ordinario:*

Señor, Dios que has hecho del amor a ti y a los
hermanos la plenitud de todo lo mandado en tu santa
ley, concédenos que, cumpliendo tus mandamien-
tos, merezcamos llegar a la vida eterna. Por nuestro
Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los
siglos de los siglos.

Ante la proximidad del Tercer Milenio, decía el
Papa Juan Pablo II: apremia a los creyentes... a
descubrir con nueva fuerza el sentido del domingo:
su «misterio», el valor de su celebración, su signi-

ficado para la existencia cristiana y humana (cfr.
Carta Apostólica *Dies Domini* (DD) 3).

El día del Señor es también el día del hombre. La
Eucaristía no es la única característica del domingo
cristiano, pero sí la más representativa e importan-
te. Encierra en sí misma otros valores de la vida
humana y cristiana que enriquecen y complemen-
tan el día del Señor, por ejemplo: la caridad y la
solidaridad, la alegría y el descanso, la misión y la
evangelización, o como el mismo Papa lo llama en
el subtítulo al cuarto capítulo de la *DD*: «El Domingo
día de alegría, descanso
y solidaridad».



Al ser el domingo el «día
de alegría, descanso y soli-
daridad», se observa cómo
el sentido cristiano del do-
mingo abarca toda la reali-
dad humana: apunta al ver-
dadero bienestar del hom-
bre ya desde este mundo,
que aunque no sea total, ni

definitivo, ni perfecto, pertenece al plan salvífico
de Dios. El culto a Dios no sería ni verdadero, ni
auténtico si no llevara frutos de caridad a los hom-
bres que sufren: el amor y la reverencia a Cristo
exige el amor y el respeto hacia sus miembros. Es
esto, ciertamente, el tema de fondo de la descrip-
ción que Jesús hace del juicio final (cf. Mt 25, 31-
46), o como se afirma también, se «trata de las
consecuencias que se derivan de la celebración del
domingo para la calidad de vida de los hombres».

En el «Año de la vida en Cristo y del comporta-
miento social cristiano», consideramos que este
tema es muy importante para profundizar en el
valor del domingo desde esta perspectiva
antropológica a la luz del capítulo IV de la *Dies
Domini* (DD). Esperamos que nos ayude a vivir
nuestra fe.

I. VEAMOS

Partimos de un hecho significativo englobante: La «santificación» del domingo ha perdido su fisonomía propia, la celebración del domingo que debe ser una verdadera santificación del día del Señor, se confunde con el «fin de semana», tiempo de mero descanso y diversión ocasionado por la evolución de las condiciones socioeconómicas (DD 4) y culturales.

Las condiciones socioeconómicas y culturales de nuestro tiempo son los factores que están modificando y amenazando con la identidad cristiana del domingo, lo cual se especifica en los siguientes indicadores.

Indicadores socioeconómicos: los ritmos de la vida del hombre moderno se han transformado. La llamada civilización técnica da un nuevo ritmo a la vida humana: la racionaliza y la colectiviza, la enmarca primero en periodos temporales y después en balances económicos, en cifras de productividad y de consumo; acelera el tiempo de modo desconsiderado y, con la ilusión de liberar al hombre, en realidad lo hace más esclavo de las mismas estructuras que ella desarrolla, cambia o suprime sin tener en cuenta a la persona humana, si no es en cuanto sirve para la realización de los planes establecidos.

La consecuencia de todo esto es que para muchos, sobre todo los que viven en las ciudades, y trabajan en domingo, este día está dando no ya la impresión del reposo liberador, de la alegría o de la fiesta, no es el día del espacio afectivo para la familia o los amigos, mucho menos para ocuparse de actividades solidarias en favor de los demás, sino la de un tiempo socialmente construido en relación con el trabajo y los mecanismos que están al servicio de una mayor producción.

Indicadores socioculturales: el ambiente secularizado y la civilización del tiempo libre están influyendo en un nuevo estilo de vida trastocando los valores y los ritmos de vida tradicionales: el paso de una sociedad rural a una urbana y cibernética; el secularismo; el abandono de tradiciones y cambio de valores, causa crisis en la santificación del domingo; se espera el partido de fútbol, porque «No hay domingo sin fútbol», además se espera, la feria, el antro, más que celebrar cristianamente el

domingo; las motivaciones del descanso semanal son secularizadas, después de una semana de trabajo deshumanizador y agobiante, es bueno gozar de la evasión a la libertad y al ocio; se busca un desfogue, comprar un descanso, muchas veces en ambiente de vicio, más que dedicar un día a las actividades de santificación. A veces el domingo es el día más profano de la semana; el fin de semana es un espacio muy vivo, ocupado por un sin fin de actividades: deporte, salida al campo, de compras, reuniones culturales y políticas; los nuevos escenarios no son las iglesias, sino los centros y plazas comerciales, el estadio, los antros y otros lugares de diversiones y evasiones; muchos se aburren en domingo, no sabe qué hacer con sus horas libres, trayendo una experiencia de frustración, «síndrome del domingo» o «neurosis dominical», que sería insoportable sin fútbol, o sin falsos paraísos artificiales para matar el tiempo en alcohol, droga, música, baile en la disco o simplemente encontrarse en el antro. Muchas crisis se tienen precisamente en domingo.

Por lo que se refiere a la celebración de la eucaristía, muchas veces es una celebración separada de la vida y la caridad, no motiva al compromiso solidario; los papás motivan a los hijos desde el precepto para que asistan a misa, pero se descuidan otros valores, así la misa es la pesada obligación que quita tiempo para jugar, divertirse, emborracharse, salir de paseo, ver televisión, etc., y no forja convicciones ni compromete fuera de la misma.

Puede parecer un poco exagerada esta visión, pero para constatarla basta con que veamos qué es lo que hace la mayoría de los cristianos en este día, ¿qué es para nosotros el domingo? ¿Cómo lo vivimos? Las nuevas condiciones socioeconómicas y culturales están proponiendo otros ritos y ritmos que ponen en peligro la identidad del «Día del Señor» también como «Día del hombre».

Partiendo de nuestra realidad tratemos de responder a las siguientes preguntas.

1. **¿Cuál será la situación pastoral que vive tu comunidad en relación al «Día del Señor», como día de alegría, descanso y solidaridad?**
2. **La Eucaristía dominical, ¿promueve la alegría, el descanso y la solidaridad cristiana en tu parroquia? Si no, ¿qué podemos hacer para que se vayan dando?**

II. PENSEMOS

Después de analizar nuestra realidad, profundicemos ahora en este segundo momento de nuestro tema en el domingo como día de alegría, descanso y solidaridad.

I. La «alegría» plena en Cristo (cf. n. 55-58)

Refiriéndose al Día del Señor, nos dice que desde el punto de vista histórico, antes, aun que día de descanso... los cristianos vivieron el día semanal del Señor resucitado sobre todo como día de alegría». Dice también que «esto era muy destacado en la práctica litúrgica, mediante la selección de gestos apropiados», lo cual es confirmado, entre otras citas por la que hace de San Agustín: «Se dejan de lado los ayunos y se ora estando de pie como signo de la resurrección; por esto además en todos los domingos se canta el aleluya «(Ep. 55, 28) (cf. n. 55).

Sin embargo, «más allá de cada expresión ritual... está claro que el domingo, eco semanal de la primera experiencia del Resucitado, debe llevar el signo de la alegría con la que los discípulos acogieron al Maestro: «Los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor «(Jn 20, 20)». Por tanto, afirma que, «el carácter festivo de la Eucaristía dominical expresa la alegría que Cristo transmite a su Iglesia por medio del don del Espíritu. La alegría es, precisamente, uno de los frutos del Espíritu Santo (cf. *Rm* 14,17; *Gal* 5, 22)» (cf. n. 56).

Pero se trata de una «alegría cristiana», que «debe caracterizar toda la vida, y no sólo un día de la semana». Más aún dice que el domingo debe ser «un día propicio para educarse en la alegría, descubriendo sus rasgos auténticos», la cual «no se ha de confundir con sentimientos fatuos de satisfacción o de placer, que ofuscan la sensibilidad y la afectividad por un momento, dejando luego el corazón en la insatisfacción y quizás en la amargura. Entendida cristianamente, es algo mucho más duradero y consolador; sabe resistir incluso..., la noche oscura



del dolor, y, en cierto modo, es una «virtud «que se ha de cultivar (cf. n. 57).

Finalmente subraya que «no hay ninguna oposición entre la alegría cristiana y las alegrías humanas verdaderas. Es más, éstas son exaltadas y tienen su fundamento último precisamente en la alegría de Cristo glorioso, imagen perfecta y revelación del hombre según el designio de Dios». Y citando a Pablo VI concluye: «en el día del Señor, la Iglesia testimonia firmemente la alegría experimentada por los Apóstoles al ver al Señor la tarde de Pascua» (cf. n. 58).

Desafíos y tareas pastorales

En lo catequético: 1º Catequizar en el sentido y las dimensiones antropológicas que tiene el domingo como día de alegría, descanso y solidaridad. 2º Catequizar en el auténtico sentido y valor de la alegría cristiana la cual no se opone a las alegrías verdaderamente humanas, ni con el dolor y la cruz corporal y espiritual, sólo con el placer pecaminoso y las satisfacciones egoístas.

En lo litúrgico: 1º Que la Eucaristía dominical sea bien celebrada para que se vea como una epifanía de la Iglesia (cf. DD 34-36): cuidando el «antes», el «en» y el «después» de la celebración; ejercitándose la ministerialidad haciendo cada quien lo que le compete; propiciando la participación plena, consciente, activa y decorosa; poniendo atención a la calidad humana, religiosa y estética; destacando su carácter alegre y festivo; procurando que su canto sea participativo y los gestos y movimientos sean signos expresivos del gozo pascual, porque el fundamento de esta alegría proviene del hecho mismo de la resurrección del Señor.

En lo pedagógico: 1º Que se viva todo el domingo en alegría cristiana manifestando y proyectando el encuentro con Cristo en la Eucaristía: dándole primacía al espíritu sobre la materia; redescubriendo la propia dignidad y la dignidad de todas las creaturas (incluidos los animales), más allá de toda consideración utilitarista; restableciendo la armo-

nía de la propia vida y en la de toda la humanidad, de componer la unidad después de tanta fragmentación de la vida cotidiana, de gustar la paz después de tanta agitación, de hacer un alto después de tanto frenesí; reestructurando y armonizando la existencia con el Ser creador, reforzando la relación del hombre con Dios y de los hombres entre sí dentro de la comunidad. 2º Tratar de que no se haga del día festivo y alegre de la semana la anticipación de las preocupaciones diarias y del trabajo cotidiano. 3º Crear espacios de serenidad y paz, de equilibrio psicológico y armonía.

II. La observancia del sábado (cf. n. 59-63)

El «aspecto festivo del domingo cristiano pone de relieve de modo especial la dimensión de la observancia del sábado veterotestamentario. En el día del Señor, que el Antiguo Testamento vincula a la creación (cf. *Gn* 2, 1-3; *Ex* 20, 8-11) y del Éxodo (cf. *Dt* 5, 12-15), el cristiano está llamado a anunciar la nueva creación y la nueva alianza realizadas en el misterio pascual de Cristo. La celebración de la creación, lejos de ser anulada, es profundizada en una visión cristocéntrica, o sea, a la luz del designio divino de «hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza, lo que está en los cielos y lo que está en la tierra» (*Ef* 1,10). A su vez, se da pleno sentido también al memorial de la liberación llevada a cabo en el Éxodo, que se convierte en memorial de la redención universal realizada por Cristo muerto y resucitado. El domingo, pues, más que una «sustitución» del sábado, es su realización perfecta, y en cierto modo su expansión y su expresión más plena, en el camino de la historia de la salvación, que tiene su culmen en Cristo» (cf. n. 59).

Se trata, pues, de recuperar la teología bíblica del «*shabbat*», sin perjudicar el carácter cristiano del domingo (cf. n. 60).

El «*shabbat*», día séptimo bendecido y consagrado por Dios, a la vez que concluye toda la obra de la creación, se une inmediatamente a la obra del sexto día, en el cual Dios hizo al hombre «a su imagen y semejanza» (cf. *Gn* 1,26)... El «día de Dios» tendrá así para siempre una relación directa con el «día del hombre». Cuando el mandamiento de Dios dice: «Acuérdate del día del sábado para santificarlo» (*Ex* 20,8), el descanso mandado para honrar el día dedicado a él no es, para el hombre, una imposición pesada, sino más bien una ayuda

para que se dé cuenta de su dependencia del Creador vital y liberadora, y a la vez la vocación a colaborar en su obra y acoger su gracia (cf. n. 61).

Como consecuencia, el cristiano debe recordar, pues, que, si para él han decaído las manifestaciones del sábado judío, superadas por el «cumplimiento» dominical, son válidos los motivos de fondo que imponen la santificación del «día del Señor», indicados en la solemnidad del Decálogo (cf. *Dt* 5,12-15), pero que se han de entender a la luz de la teología y de la espiritualidad del domingo... La observancia del sábado aparece aquí íntimamente unida a la obra de liberación realizada por Dios para su pueblo (cf. n. 62).

Cristo vino a realizar un nuevo «éxodo», a dar la libertad a los oprimidos... Oponiéndose a la interpretación demasiado legalista de algunos contemporáneos suyos, y desarrollando el auténtico sentido del sábado bíblico, Jesús, «Señor del sábado» (*Mc* 2,28), orienta la observancia de este día hacia su carácter liberador, junto con la salvaguardia de los derechos de Dios y de los derechos del hombre. Así se entiende por qué los cristianos... se sintieran autorizados a trasladar el sentido del sábado al día de la resurrección (cf. n. 63).

Desafíos y tareas pastorales

En lo catequético: 1º Educar en el valor de la gratitud. 2º Recuperar la teología bíblica del «*Shabbat*», sin perjudicar el carácter cristiano del domingo (cf. DD 60), teniendo presente que el «*Shabbat*» es un recordatorio de los dos mundos, este y el venidero. Porque el «*Shabbat*» es alegría, santidad y descanso; la alegría es parte de este mundo; la santidad y el descanso son del mundo venidero.

En lo litúrgico: 1º Que se enseñe a santificar y valorar el domingo como día de culto y de reposo, como fiesta de la nueva alianza y de la nueva creación realizadas en Cristo. 2º Que se valore la celebración eucarística dominical como un espacio para santificarse entrando en contacto con Cristo y su misterio pascual.

En lo pedagógico: 1º Si «*Shabbat*» significa suspender, cesar, que se sepa descansar, si se quiere que el trabajo, que es una bendición, no se convierta en una maldición. 2º Que se valore la sacralidad de la persona a la luz y la práctica de cómo Jesús entendió el sábado, haciendo del domingo epifanía

de la misericordia. 3º Que se valore la dimensión religiosa de la vida humana. 4º Que se santifique el domingo dedicándose a las obras buenas y a servicios humildes para con los enfermos, débiles y ancianos.

III. El día de descanso (cf. n. 64-68)

En la tercera parte del capítulo el Papa señala que, durante algunos siglos los cristianos han vivido el domingo sólo como día del culto, sin poder relacionarlo con el significado específico del descanso sabático. Solamente en el siglo IV, la ley civil del Imperio Romano reconoció el ritmo semanal, disponiendo que en el «día del sol «los jueces, las poblaciones de las ciudades y las corporaciones de los diferentes oficios dejaran de trabajar...

Sería, pues, un error ver en la legislación respetuosa del ritmo semanal una simple circunstancia histórica sin valor para la Iglesia y que ella podría abandonar. Los Concilios han mantenido, incluso después de la caída del Imperio, las disposiciones relativas al descanso festivo... Para los cristianos no es normal que el domingo, día de fiesta y de alegría, no sea también el día de descanso, y es ciertamente difícil para ellos «santificar «el domingo, no disponiendo de tiempo libre suficiente (cf. n. 64).

La relación entre el día del Señor y el día de descanso en la sociedad civil tiene una importancia y un significado que están más allá de la perspectiva propiamente cristiana... la alternancia entre trabajo y descanso, propia de la naturaleza humana, es querida por Dios mismo (cf. 2,2-3; Ex 20,8-11): el descanso es una cosa «sagrada», siendo para el hombre la condición para liberarse de la serie, a veces excesivamente absorbente, de los compromisos terrenos y tomar conciencia de que todo es obra de Dios. El poder prodigioso que Dios da al hombre sobre la creación correría el peligro de hacerle olvidar que Dios es el Creador, del cual depende todo (cf. n. 65).

Es preciso, pues, no perder de vista que, incluso en nuestros días, el trabajo es para muchos una dura servidumbre... Es por ello que en este contexto histórico existe la obligación de empeñarse para que todos puedan disfrutar de la libertad, del descanso y la distensión que son necesarios a la dignidad de los hombres, con las correspondientes exigencias religiosas, familiares, culturales e interpersonales, que difícilmente pueden ser satisfechas si no es salvaguardado por lo menos un día

de descanso semanal en el que gozar *juntos* de la posibilidad de descansar y de hacer fiesta. Obviamente este derecho del trabajador al descanso presupone su derecho al trabajo... (cf. n. 66).

Subraya que por medio del descanso dominical, que las preocupaciones y las tareas diarias pueden encontrar su justa dimensión... Las mismas bellezas de la naturaleza pueden ser descubiertas y gustadas profundamente. Día de paz del hombre con Dios, consigo mismo y con sus semejantes, el domingo es también un momento en el que el hombre es invitado a dar una mirada regenerada sobre las maravillas de la naturaleza, dejándose arrastrar en la armonía maravillosa y misteriosa... El hombre se vuelve entonces consciente, de que «todo lo que Dios ha creado es bueno...» (1 Tm 4,4-5)... El creyente está, pues, llamado a satisfacer esta exigencia, conjugándola con las expresiones de su fe personal y comunitaria, manifestada en la celebración y santificación del día del Señor.

Por eso, es natural que los cristianos procuren que, incluso en las circunstancias especiales de nuestro tiempo, la legislación civil tenga en cuenta su deber de santificar el domingo. De todos modos, es un deber de conciencia la organización del descanso dominical de modo que les sea posible participar en la Eucaristía, absteniéndose de trabajos y asuntos incompatibles con la santificación del día del Señor, con su típica alegría y con el necesario descanso del espíritu y del cuerpo (cf. n. 67).

Por tanto, continúa, para que el descanso mismo, no sea algo vacío o motivo de aburrimiento, debe comportar enriquecimiento espiritual, mayor libertad, posibilidad de contemplación y de comunión fraterna, los fieles han de elegir, entre los medios de la cultura y las diversiones que la sociedad ofrece, los que estén más de acuerdo con una vida conforme a los preceptos del Evangelio. En esta perspectiva, el descanso dominical y festivo adquiere una dimensión «profética»... En resumen, el día del Señor se convierte así también, en el modo más propio, en el *día del hombre* (cf. n. 68).

Desafíos y tareas pastorales

En lo catequético: 1º Conocer cómo se ha vivido el descanso dominical a través de los siglos, en su sentido ético y espiritual (abstención del mal y ejercicio de las buenas obras), en la época patristica; civil (que no excluía el descanso servil), durante los

siglos IV-V; judaizante-legalista (abstención del trabajo servil), siglos VI-VIII; y litúrgico (dedicado a la alabanza divina), durante el siglo IX-XI; casuista (que señala el trabajo permitido y el trabajo prohibido), durante la escolástica; jurídico (según lo expresa el Catecismo de Trento, el Código del 17, c. 1248 y del 83, c. 1247), para que ahora se viva teniendo en cuenta las situaciones socio-culturales actuales. Quizá hoy lo veríamos como algo más recreativo, el fin de semana, el pasatiempo.

En lo litúrgico: 1º Que la asamblea litúrgica, al celebrar el memorial del Señor resucitado, se sienta y se experimente familia de Dios, reunida en la escucha de su Palabra y en la comunión del pan único y partido, mientras espera el domingo sin ocaso en el que la humanidad entera entrará en su descanso (cf. Prefacio Dominical X).

En lo pedagógico: 1º Que se sepa disfrutar del domingo como día de descanso que es necesario a la dignidad de la persona y poder dedicar la jornada a las exigencias religiosas, familiares y culturales. 2º Que se sepa aprovechar el descanso para reparar las fuerzas físicas después de una semana de trabajo y recuperar la liberación psicológica, para que favorezca el desarrollo de la dignidad humana y el equilibrio interior de la persona. 3º Que se aproveche el descanso dominical para dar paso a los valores del espíritu y de la amistad, a los valores culturales y naturales. 4º Que se respete el descanso festivo porque es un derecho humano y se aproveche como un tiempo propicio para la reflexión, el silencio y el estudio, que favorecen el crecimiento de la vida interior y cristiana. 5º Que el descanso festivo, ayude a valorar el trabajo, que es un derecho fundamental y un bien para todo hombre, un bien útil, digno de él, porque es idóneo para expresar y acrecentar la dignidad humana. 6º Que se redescubra el valor del silencio tan necesario hoy en nuestra sociedad cada vez más frenética, a menudo aturdida por ruidos y dispersa en lo efímero. 7º Que se desarrolle una mística cristiana del ocio o del tiempo libre. 8º Que se sepa elegir entre los medios culturales y diversiones que la sociedad ofrece y estén en conformidad para los fieles cristianos con los valores del evangelio (cf. DD 68). 9º Que se aprenda a saber descansar, porque en el descanso el hombre manifiesta que es «señor» del tiempo y de la actividad, y «reina» con Cristo encauzando su tiempo hacia el enriquecimiento espiritual, el culti-

vo de la libertad, la contemplación y la comunión fraterna, el servicio y la solidaridad. 10º Que quienes disponen de tiempo de descanso se acuerden de sus hermanos que tienen las mismas necesidades y los mismos derechos y no pueden descansar a causa de la pobreza y la miseria (cf. CEC 2186).

IV. Día de solidaridad (cf. n. 69-73)

En la última parte del capítulo se señala que el encuentro con Cristo resucitado en la Eucaristía dominical se concretiza en el amor al hermano.

Por tanto, el domingo debe ofrecer también a los fieles la ocasión de dedicarse a las actividades de misericordia, de caridad y de apostolado. La participación interior en la alegría de Cristo resucitado implica compartir plenamente el amor que late en su corazón: ¡no hay alegría sin amor! (cf. *Jn* 15,10-12).

La Eucaristía dominical, pues, no sólo no aleja de los deberes de caridad, sino al contrario, compromete más a los fieles «a toda clase de obras de caridad, piedad y apostolado (cf. n. 69).

Así, desde los tiempos apostólicos, la reunión dominical fue para los cristianos un momento para compartir fraternalmente con los más pobres. «Cada primer día de la semana, cada uno de vosotros reserve en su casa lo que haya podido ahorrar» (*I Co* 16,2). En la Eucaristía dominical el corazón creyente se abre a toda la Iglesia. Pero es preciso entender en profundidad la invitación del Apóstol, que lejos de promover una mentalidad reductiva sobre el «óbolo», hace más bien una llamada a una exigente *cultura del compartir*, llevada a cabo tanto entre los miembros mismos de la comunidad como en toda la sociedad (cf. n. 70).

Las enseñanzas de los Apóstoles encontraron rápidamente eco desde los primeros siglos y suscitaban vigorosos comentarios en la predicación de los Padres de la Iglesia. Palabras ardorosas dirigía san Ambrosio a los ricos que presumían de cumplir sus obligaciones religiosas frecuentando la iglesia sin compartir sus bienes con los pobres y quizás oprimiéndolos: «¿Escuchas, rico, qué dice el Señor? Y tú vienes a la iglesia no para dar algo a quien es pobre sino para quitarle». No menos exigente es san Juan Crisóstomo: «¿Deseas honrar el cuerpo de Cristo? No lo desprecies, pues, cuando lo encuentres desnudo en los pobres, ni lo honres aquí, en el templo, con lienzos de seda, si al salir lo abandonas

en su frío y desnudez... ¿De qué serviría adornar la mesa de Cristo con vasos de oro, si el mismo Cristo muere de hambre? Da primero de comer al hambriento, y luego, con lo que te sobre, adornarás la mesa de Cristo».

Son palabras que recuerdan claramente a la comunidad cristiana el deber de hacer de la Eucaristía el lugar donde la fraternidad se convierta en solidaridad concreta, y los últimos sean los primeros por la consideración y el afecto de los hermanos, donde Cristo mismo, por medio del don generoso hecho por los ricos a los más pobres, pueda de alguna manera continuar en el tiempo el milagro de la multiplicación de los panes (cf. n. 71).

La Eucaristía es acontecimiento y proyecto de fraternidad. Desde la Misa dominical surge una ola de caridad destinada a extenderse a toda la vida de los fieles, comenzando por animar el modo mismo de vivir el resto del domingo. Si éste es día de alegría, es preciso que el cristiano manifieste con sus actitudes concretas que no se puede ser feliz solo (cf. n. 72).

Vivido así, no sólo la Eucaristía dominical sino todo el domingo se convierte en una gran escuela de caridad, de justicia y de paz. La presencia del Resucitado en medio de los suyos se convierte en proyecto de solidaridad, urgencia de renovación interior, dirigida a cambiar las estructuras de pecado en las que los individuos, las comunidades, y a veces pueblos enteros, están sumergidos... Poniéndose a su escucha, en la memoria dominical de la Pascua y recordando su promesa: «Mi paz os dejo, mi paz os doy» (Jn 14,27), el creyente se convierte a su vez en *operador de paz* (cf. n. 73).

Desafíos y tareas pastorales

En lo catequético: 1° Educar para que el domingo se convierta en escuela de caridad, de justicia y de paz (cf. DD 73). 2° Dar a conocer y promover la espiritualidad litúrgica, para hacer de la vida una ofrenda agradable a Dios (cf. Rom 12, 1).

En lo litúrgico: 1° Que la comunidad cristiana al celebrar la Eucaristía haga de ella el lugar donde la fraternidad se convierta en solidaridad concreta, y los últimos sean los primeros por la consideración y el afecto de los hermanos (cf. DD 71). 2° Celebrar la Eucaristía para que se valore como acontecimiento y proyecto de fraternidad (cf. DD 72), como fuente y epifanía de la comunión.

En lo pedagógico: 1° Que el domingo sea para los fieles la ocasión de dedicarse a las actividades de misericordia, de caridad y de apostolado (cf. DD 69). 2° Que se promueva como fruto de la Eucaristía dominical la cultura del compartir, poniendo en juego toda la creatividad de que es capaz la caridad cristiana, por ejemplo, invitar a comer consigo a alguna persona sola, visitar enfermos, proporcionar comida a alguna familia necesitada, dedicar alguna hora a iniciativas concretas de voluntariado y de solidaridad, sería ciertamente una manera de llevar en la vida la caridad de Cristo recibida en la Mesa eucarística (cf. DD 70. 72). 3° Que se promueva la espiritualidad de la comunión. 4° Que el cristiano que participa en la Eucaristía aprenda de ella a ser promotor de comunión, de paz y de solidaridad en todas las circunstancias de la vida (cf. MND 27).

III. ACTUEMOS

De lo sugerido en los desafíos y tareas pastorales de cada apartado del tema, tratemos de ver qué y cómo podemos llevarlo a la práctica,elijamos algo como equipo que podamos de verdad realizarlo y sea significativo en este «Año de la vida en Cristo y del comportamiento social cristiano». Dialoguemos, discernamos, elijamos y actuemos.

IV. CELEBREMOS

Para concluir nuestro tema vamos a darle gracias al Señor con la siguiente oración.

Guía: En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Padre misericordioso y Dios fiel: porque nos diste como Señor y redentor nuestro a tu Hijo Jesucristo. Él siempre se mostró misericordioso para con los pequeños y los pobres, para con los enfermos y los pecadores, y se hizo cercano a los oprimidos y afligidos. Él anunció al mundo, con palabras que tú eres Padre y que cuidas de todos tus hijos. Por eso, con los ángeles y todos los santos te alabamos, te bendecimos, y cantamos sin cesar el himno de tu gloria
(MR 652).

Todos: Oh Señora mía... Dulce Madre...

Apéndice

IMPORTANCIA DE LA HOMILÍA

La Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, publicó el pasado 29 de junio de 2014, el «Directorio Homilético» como respuesta a la petición hecha por el Papa Benedicto XVI en la Exhortación Apostólica postsinodal *Verbum Domini* no. 60 de publicar «instrumentos y subsidios adecuados para ayudar a los ministros a desempeñar del mejor modo su tarea, como, por ejemplo, un Directorio sobre la homilía, de manera que los predicadores puedan encontrar en él una verdadera ayuda útil para prepararse en el ejercicio del ministerio». A raíz de esta Exhortación y, como complemento en el estudio de este Directorio, publicamos uno de los artículos de la Tesis: «Sacramentalidad de la Palabra, de la Dei Verbum a la Verbum Domini», realizada por el Pbro. J. Emanuel Vázquez Carrillo en junio de 2014, para obtener el grado de licencia en el Pontificio Ateneo San Anselmo de Roma.



PREÁMBULO

No podemos olvidar que ‘la proclamación de la Palabra de Dios en la celebración comporta reconocer que es Cristo mismo quien está presente y se dirige a nosotros para ser recibido’ (SC 7; VD 56). Y por la encarnación afirmamos que Cristo es el culmen de la Revelación de Dios Trino, pues en su abajamiento, hemos visto al Padre que en el Espíritu viene al encuentro del hombre para hablarle con el lenguaje de la amistad (DV 2). En este sentido, a la luz de la narración teológica constatamos el horizonte sacramental de la Revelación que en analogía con la eucaristía comprendemos que la gracia y fuerza sacramental performativa, va más allá del septenario (Sacramental) y por tanto nos ayuda a reconocer y afirmar que la misma Escritura

en su sintagma polisémico, palabra de Dios inspirada, escrita y proclamada, llamada también «Cuerpo de Cristo», es «*sacramento por constitución*», signo de Cristo, en el Espíritu Santo. Así como la encarnación llega a su clímax en el encuentro y la comunión con el hombre, así la Escritura, es capaz de comunicar la fuerza del Señor a quien se acerca a ella en la fe y bajo la guía del Espíritu.

La misma relación con la encarnación, nos conduce a valorar la estrecha relación entre Palabra y Eucaristía, esta relación recalca en los textos del Vaticano II (SC 48. 51. 56; DV 21. 26 y PC 6; AG 6.15; PO 18³⁶). Podemos decir que el fundamento bíblico que pone de manifiesto esta relación, es el texto de Juan 6, cuando Cristo afirma de sí mismo que es «*el pan de vida*», en el doble sentido de Logos, Palabra de Dios, revelador del Padre, y de alimento y bebida eucarística.

La celebración de la Palabra en la Eucaristía es entonces esencial al momento global de la acción litúrgica en la que el creyente puede encontrarse con Cristo que ha dado de comer al pueblo sea anunciando la palabra que compartiendo el pan (*Cfr.* Jn 6 1-15; Mc 6, 30-44). También la Palabra contenida en la Escritura, como ya lo hemos dicho, es capaz de hacer entrar en relación con Dios (capacidad eficaz de la alianza). Y para ser acogida como palabra de Dios, es indispensable afirmar su carácter sacramental. Es decir, la presencia de Cristo es única, en la Escritura como en la Eucaristía. Una presencia que se acoge, gracias a la fe y a la acción del Espíritu Santo³⁷.

Con estos presupuestos deducimos que la función de la palabra como sacramento de Cristo es aquella de conducirnos a Él; pues si Jesucristo está presente en las Escrituras y en la palabra proclama-

da en la Liturgia, asentimos que cuando se proclama en la Iglesia el texto de la sagrada Escritura, «*Él es el que habla*», el que sigue anunciando la Buena Nueva (SC 7. 33), el que se dirige a cada uno de los concelebrantes para ser recibido (VD 56).

Entonces el aspecto litúrgico-celebrativo es vital, pues así como el Espíritu ha obrado para que la Palabra se «*transforme en libro*», es en la celebración litúrgica donde «*transforma el libro en Palabra*» y logra un dinamismo dialógico profundo: ‘Dios dialoga con su pueblo’. Allí, en este diálogo, narrativamente son proclamadas las maravillas obradas por Dios para la salvación de su pueblo. De ahí entonces el reconocimiento de la importancia de la Escritura en la celebración litúrgica (SC 7. 24).

Por ello, reconociendo que Cristo habla a través de la proclamación y celebración de la Palabra, en nuestro contexto es importante reflexionar sobre la importancia que tiene, después de la proclamación de la palabra de Dios, la homilía en la celebración.

IMPORTANCIA DE LA HOMILÍA.

A los cuarenta y cinco años de la clausura del Vaticano II y de la promulgación de *Dei Verbum*, los padres sinodales, con gratitud siguen reconociendo que «*La Palabra del Señor permanece para siempre*», y sorprendidos ven el gran impulso dado a la palabra de Dios en la Iglesia en el nivel exegético, teológico, espiritual, pastoral y ecuménico, poniendo en evidencia el horizonte trinitario e histórico salvífico de la revelación: de la misma manera reconocen que esta palabra conservada e interpretada por el Magisterio (DV 10; VD 3), es celebrada en la liturgia y se entrega en la eucaristía como pan de vida eterna (Jn 6)³⁸.

Este impulso sin duda se ha dado no solo en el sentido claro de la proclamación de la Palabra y la ministerialidad reconocida en torno a ella, sino que también en lo que versa sobre su predicación y actualización de la misma en el campo de la homilía, haciendo resonancia al texto conciliar invita a continuar promoviendo un afecto suave y vivo a la Escritura³⁹.

Esta convicción está latente en innumerables documentos eclesiásticos. Y es que, para una sana promoción de la Escritura, como fuente de la predicación, el primer termómetro ante ésta es la homilía, de la que la mayoría de los cristianos toman parte. Por eso la Escritura debe ser profundamente

meditada en el horizonte personal -del que tiene la encomienda de este ministerio: obispos, presbíteros y diáconos⁴⁰- y, conocida a través del estudio y la lectura de los libros adecuados.

Si ya hemos hablamos del carácter performativo de la Palabra y la fuerza que ésta contiene cuando es proclamada, no podemos olvidar que la predicación, también participa de este carácter transformador, de ahí, la urgente necesidad de apostar por una buena homilía inspirada realmente en el texto sagrado y a la luz del Espíritu⁴¹. No podemos negar que la experiencia pastoral nos enseña que la fuerza y la elocuencia del texto sacro mueve profundamente a los oyentes, y que la pedagogía con la cual la Iglesia proclama, interpreta y aplica la palabra de Dios en los diversos tiempos del año litúrgico, debe constituir un punto de referencia para la preparación de la predicación, en el contexto de la palabra de Dios en la liturgia⁴². No es posible negar que también hoy, en lo que se refiere a la homilía, en particular, aún surgen o se mantienen algunos problemas de naturaleza ya teórica que práctica.

El papa Benedicto XVI, en el Sínodo precedente hablaba así de la homilía:

«La necesidad de mejorar la calidad de la homilía está en relación con la importancia de la Palabra de Dios. En efecto, ésta «es parte de la acción litúrgica»; tiene como finalidad favorecer una mejor comprensión y eficacia de la Palabra de Dios en la vida de los fieles. Por eso los ministros ordenados han de «preparar la homilía con esmero, basándose en un conocimiento adecuado de la Sagrada Escritura». Han de evitarse homilias genéricas o abstractas. En particular, pido a los ministros un esfuerzo para que la homilía ponga la Palabra de Dios proclamada en estrecha relación con la celebración sacramental y con la vida de la comunidad, de modo que la Palabra de Dios sea realmente sustento y vigor de la Iglesia. Se ha de tener presente, por tanto, la finalidad catequética y exhortativa de la homilía. Es conveniente que, partiendo del leccionario trienal, se prediquen a los fieles homilias temáticas que, a lo largo del año litúrgico, traten los grandes temas de la fe cristiana...»⁴³.

A través de este párrafo invita a redescubrir que la homilía está en relación con la Palabra de Dios y que es parte importante en la celebración litúrgica, pues su tarea es la de favorecer una mejor compren-

sión y eficacia de la Palabra de Dios en la vida de los fieles. Ya también los padres sinodales, recordaban que la función de la homilía es actualizar la Palabra proclamada (Lc 4, 21)⁴⁴.

En esta serie de reflexiones, Benedicto XVI recalcando el impulso que se debe dar a la homilía, en nuestro contexto la redefine de la siguiente manera:

«La homilía constituye una actualización del mensaje bíblico, de modo que se lleve a los fieles a descubrir la presencia y la eficacia de la Palabra de Dios en el hoy de la propia vida. Debe apuntar a la comprensión del misterio que se celebra, invitar a la misión, disponiendo la asamblea a la profesión de fe, a la oración universal y a la liturgia eucarística. Por consiguiente, quienes por ministerio específico están encargados de la predicación han de tomarse muy en serio esta tarea. Se han de evitar homilías genéricas y abstractas, que oculten la sencillez de la Palabra de Dios, así como inútiles divagaciones que corren el riesgo de atraer la atención más sobre el predicador que sobre el corazón del mensaje evangélico. Debe quedar claro a los fieles que lo que interesa al predicador es mostrar a Cristo, que tiene que ser el centro de toda homilía. Por eso se requiere que los predicadores tengan familiaridad y trato asiduo con el texto sagrado; que se preparen para la homilía con la meditación y la oración, para que prediquen con convicción y pasión. La Asamblea sinodal ha exhortado a que se tengan presentes las siguientes preguntas: «¿Qué dicen las lecturas proclamadas? ¿Qué me dicen a mí personalmente? ¿Qué debo decir a la comunidad, teniendo en cuenta su situación concreta? El predicador tiene que «ser el primero en dejarse interpelar por la Palabra de Dios que anuncia», porque, como dice san Agustín: «Pierde tiempo predicando exteriormente la Palabra de Dios quien no es oyente de ella en su interior». Cuídese con especial atención la homilía dominical y en la de las solemnidades; pero no se deje de ofrecer también, cuando sea posible, breves reflexiones apropiadas a la situación durante la semana en las misas cum populo, para ayudar a los fieles a acoger y hacer fructífera la Palabra escuchada»⁴⁵.

Sin duda que el texto es de por sí denso, pero contiene en síntesis lo que se espera de una homilía

impulsada por el Espíritu, que se traduce en el arte del bien decir o el arte del bien transmitir la palabra de Dios. Y claro está que, a quien tiene la encomienda de la predicación, no sólo se le exigen éstos puntos, sino también y a la par le debe acompañar el testimonio de vida, ya que en el ministro, la mente, la palabra y la acción han de concordar (VD 60).

Después de presentar esta serie de afirmaciones respecto a la homilía, debemos mencionar también algunos problemas que, según Chino Biscontin, son de particular urgencia:

Uno de éstos es sin duda el tema de la correcta hermenéutica de los textos bíblicos. Y lo podemos constatar en la misma *Verbum Domini* cuando Benedicto XVI dedica varios párrafos al tema, sobre todo de los números que van del 29 al 49. Y es que, un peligro que corren los predicadores es el pretender hacer de la homilía una breve lección exegética y después hacer una aplicación muchas veces nada seria o hasta con un lenguaje corriente y nada formal o por el contrario toda ella vacía de contenido, o muchas veces convertida más en una conferencia no contextualizada con la celebración. El papa invita a que en ella se transmita la belleza y el fascino del encuentro con el Señor Jesús, descubriendo la contemporaneidad de Cristo en la Iglesia (VD 2. 51). Significa que de frente a este problema hermenéutico el predicador se debe reconocer como mediador de una presencia y de un encuentro. Ahora bien, el principio hermenéutico de la Escritura se descubre a la luz de la eucaristía (VD 52), y a la luz de estas consideraciones se debe decir que la liturgia de la Palabra, constituye una mediación sacramental de la presencia de Dios y del Señor Jesús, que habla a la asamblea.

Unido con este problema está la ausencia de la narración, pues se hace más una exposición doctrinal y de preceptos morales que una narración del acontecimiento salvífico (VD 4) que ayudaría a discernir la acción de Dios en la historia personal y comunitaria (VD 16).

Y un tercer problema sería aquel de la preparación de la homilía que va unido a la preparación de los futuros predicadores, a lo que Biscontin, presume que en la actualidad, puede darse una formación intelectual basta y densa, pero a pesar de ésta, se han eliminado los itinerarios de enseñanza sobre la

predicación, lo que la Asamblea sinodal replantea con el deseo de *la intensificación, durante los años del seminario, de la formación para la predicación... de modo que la homilía pueda interpelar a quien la escucha*⁴⁶. Ya que Benedicto XVI lo ha replanteado en *Verbum Domini* (59-60). Sin duda que este punto une a los anteriores, ya que una buena hermenéutica del texto bíblico así como la narración del acontecimiento salvífico desembocan en la homilía misma; es importante como hemos dicho que una seria preparación sea tenida en cuenta la naturaleza de la homilía así como las condiciones para una correcta y eficaz comunicación que lleve a los predicadores a subir al ambón con la persuasividad motivada para desarrollar un ministerio precioso a la vista de Dios y de la asamblea y con la conciencia de saber ofrecerlo en modo eficaz⁴⁷.

Desde el trasfondo de la sacramentalidad de la Palabra, debemos redescubrir verdaderamente la homilía como parte integrante y fundante en la liturgia de la Palabra, no solo en la celebración de la Eucaristía, sino de todos los sacramentos, sacramentales y en las mismas celebraciones de la Palabra.

No quiero concluir este punto, sin mencionar la reciente doctrina de papa Francisco⁴⁸ que en su primer Exhortación apostólica habla de manera clara sobre la homilía en referencia al anuncio del Evangelio. Me permitiré presentar algunas de las ideas que resguardan tanto a su razón y sentido, como a su preparación, al ministro y a la misma asamblea.

En su Exhortación, Papa Francisco, en el capítulo tercero intitulado «El anuncio del Evangelio» recuerda que «*el anuncio fundamental es el del amor personal de Dios que se hizo hombre, se entregó por nosotros y está vivo ofreciendo su salvación y su amistad*» (Jn 1, 14; EG 127). Ahora bien, insiste que «*no puede haber auténtica evangelización sin la proclamación explícita de que Jesús es el Señor*», y que exista un «*primado de la proclamación de Jesucristo en cualquier actividad de evangelización*» (EG 110), y por supuesto que esto es el preámbulo para captar la razón del porqué la importancia de «la homilía», porque la predicación dentro de la liturgia la reconoce como un «gran ministerio» al que no se pueden hacer oídos sordos,

puesto que ésta es la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un pastor con su pueblo. Él mismo la define como «*una intensa y feliz experiencia del Espíritu, un reconfortante encuentro con la Palabra, una fuente constante de renovación y de crecimiento*» (EG 135), fundándose ésta «*en la convicción de que es Dios quien quiere llegar a los demás a través del predicador y de que Él despliega su poder a través de la palabra humana*» (EG 36), sin olvidar que la proclamación de la Palabra de Dios, no es un momento de meditación y de catequesis, «*sino que es el diálogo de Dios con su pueblo, en el cual son proclamadas las maravillas de la salvación y propuestas siempre de nuevo las exigencias de la alianza*», de ahí que la «*homilía proviene del contexto eucarístico, momento más alto del diálogo entre Dios y su pueblo, antes de la comunión sacramental*» (EG 137), por lo que ésta «*no puede ser un espectáculo entretenido, debe darle el fervor y el sentido a la celebración*», por lo tanto «*debe ser breve y evitar parecerse a una charla o a una clase*» (EG 138). En ella el predicador «*debe reconocer el corazón de su comunidad para buscar dónde está vivo y ardiente el deseo de Dios, y también dónde ese diálogo, que es amoroso, fue sofocado o no pudo dar fruto*» (EG 137. 139. 140. 141). Cuando ésta se realiza en el contexto litúrgico, «*se incorpora como parte de la ofrenda que se entrega al Padre y como mediación de la gracia que Cristo derrama en la celebración*», por lo tanto, debe orientar «*a una comunión con Cristo en la Eucaristía que transforme la vida*» (EG 138).

En lo que se refiere al predicador, éste debe recordar que la homilía tiene un carácter ‘*cuasi sacramental*’, puesto que la palabra es esencialmente mediadora y en el contexto del diálogo, «*la predicación puramente moralista o adoctrinadora... que se convierte en una clase de exégesis, reduce la comunicación entre corazones*» (EG 142); la misión del predicador es «*aunar los corazones que se aman, el del Señor y el de su pueblo*» a la luz de la verdad y la belleza que van de la mano (EG 143).

Tarea importante es la preparación de la predicación, a ésta «*conviene dedicarle un tiempo prolongado de estudio, oración, reflexión y creatividad pastoral*» (EG 145) con la confianza puesta en el Espíritu Santo y ofreciéndose como instrumen-

to con las propias capacidades, puesto que «*un predicador que no se prepara no es espiritual y es deshonesto e irresponsable con los dones que ha recibido*» (EG 145). Francisco propone algunos pasos como camino de preparación. El primero «*prestar toda atención al texto bíblico... fundamento de la predicación*» (EG 146), reconociendo que la Palabra siempre nos trasciende y de la que se es depositario, heraldo y servidor. Ante ella es necesaria una actitud humilde y asombrada veneración, que para interpretar un texto bíblico implica además la paciencia, el interés, la dedicación gratuita y serena atención, recordando que la «*predicación requiere amor*» (EG 146). Conviene «*estar seguros de comprender adecuadamente el significado de las palabras*» que se leen, sin apuntar a entender todos los pequeños detalles del texto, sino «*lo más importante es descubrir cuál es el mensaje principal, el que estructura el texto y le da unidad*», lo que implica no sólo conocer la idea, sino también el efecto que el autor ha querido producir, que luego habrá que ponerlo en conexión con la enseñanza de toda la Biblia transmitida por la Iglesia (EG 147).

Luego un segundo paso es que «*el predicador debe ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios*», es decir, «*acercarse a ella con un corazón dócil y orante*», para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos, engendrando así una mentalidad nueva (EG 149), lo que implica dejarse conmover por la Palabra y hacerla carne en la existencia concreta, o dicho con otras palabras: «*dejarse herir por esa Palabra*» (Hb 4, 12; EG 150). En este caso, lo indispensable es que el predicador tenga la seguridad de que Dios lo ama, de que Jesucristo lo ha salvado y de que su amor tiene siempre la última palabra (EG 151), favoreciendo que la Palabra pase a través del predicador no sólo a través de su razón sino tomando posesión de todo su ser.

Un tercer paso será la lectura espiritual o la conocida *Lectio divina* (VD 86-87), de la que el predicador deberá partir para tratar de descubrir qué le dice ese mensaje a la propia vida, de otra manera hará decir a ese texto lo que le conviene (EG 152).

Un paso importante será poner «*oído en el pueblo*», para descubrir lo que los fieles necesitan escuchar; el predicador debe ser «*un contemplativo de la*

Palabra y también un contemplativo del pueblo», que significa «*conocer el mensaje del texto bíblico con una situación humana*», así la predicación será un ejercicio de «*discernimiento evangélico*» (EG 154) que no responderá preguntas que nadie ha hecho, sino que más bien la Palabra resonará con fuerza en su invitación a la conversión (EG 155).

El papa invita, además, a utilizar de forma adecuada los recursos pedagógicos para presentar el mensaje, sobre todo aprendiendo a hablar con imágenes, recalando que «*una buena homilía debe contener una idea, un sentimiento y una imagen*», siendo así un lenguaje que comprenden los destinatarios (EG 157) y evitando que el predicador se acostumbre a su lenguaje... logrando que éste sea propositivo, lleno de esperanza y orientado hacia el futuro (EG 158-159).

Conclusión

Sin duda que haciendo así, el anuncio provocará también un camino de formación y de maduración en la vida cristiana, provocando al mismo tiempo la confrontación con el «hoy» de las personas y de la comunidad misma en la propia situación sociocultural. Haciendo una clara invitación remarca que «no sólo la homilía debe alimentarse de la Palabra de Dios», sino que toda la evangelización debe estar fundada en ella, que escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada, sobre todo en la Eucaristía, alimenta y refuerza sacramentalmente a los cristianos y los vuelve capaces de un auténtico testimonio evangélico, superando «aquella vieja contraposición entre Palabra y Sacramento. La Palabra proclamada, viva y eficaz, prepara la recepción del Sacramento, y en el Sacramento esa Palabra alcanza su máxima eficacia» (EG 174). Y si «*Dios ha hablado, ya no es el gran desconocido sino que se ha mostrado*», ésta es la gran invitación, acoger «*el sublime tesoro de la Palabra revelada*» (EG 175) que a través de la homilía, la predicación y la evangelización constante de la Iglesia se nos viene dado.

Si continuamente afirmamos la sacramentalidad de la Palabra y que a través de la proclamación de ésta Cristo mismo habla a la asamblea reunida, por tanto hemos constatado que la homilía no es periférica en la liturgia de la Palabra, sino que en el contexto, ésta también debe transmitir la fuerza renovadora de Dios.

NOTAS

- ¹ DIONISIO BOROBIO, *Los sacramentos, fuente de caridad*, CPL-Cuadernos Phase 217, Barcelona 2014, 7.
- ² Recordemos el contenido de los siguientes textos: 1 Cor 13, 1ss; Jn 13, 34; 15, 12. 17.
- ³ Sabemos que la caridad es la virtud que da vida a las demás virtudes, ya que la fe se fundamenta en la esperanza y se verifica en la caridad, y la esperanza a su vez fortalece la fe y se vivifica en la caridad. También sabemos que la fe y la esperanza pasarán, mientras la caridad permanecerá para siempre (Cfr. 1 Cor 13, 8. 13). Y será así, porque la caridad es la participación del mismo amor de Dios, que permanece y es eterno. Si remitimos estos aspectos a la celebración de nuestra fe, sobre todo en los sacramentos, podemos apreciar que en ellos, no solo tiene un lugar especial la fe que interpreta su sentido y acoge su verdad, o la esperanza que ve anticipado el objeto por el que aspira y espera, sino también la caridad que condensa en sí misma el Amor de Dios y a Dios, y el amor del prójimo y al prójimo en la fraternidad, haciéndonos «tocar» ya la felicidad eterna en el Amor. Cfr. DIONISIO BOROBIO, *Los sacramentos, fuente de caridad*, CPL-Cuadernos Phase 217, Barcelona 2014, 12-13.
- ⁴ Sabemos que la caridad es la virtud que da vida a las demás virtudes, ya que la fe se fundamenta en la esperanza y se verifica en la caridad, y la esperanza a su vez fortalece la fe y se vivifica en la caridad. También sabemos que la fe y la esperanza pasarán, mientras la caridad permanecerá para siempre (Cfr. 1 Cor 13, 8. 13). Y será así, porque la caridad es la participación del mismo amor de Dios, que permanece y es eterno. Si remitimos estos aspectos a la celebración de nuestra fe, sobre todo en los sacramentos, podemos apreciar que en ellos, no solo tiene un lugar especial la fe que interpreta su sentido y acoge su verdad, o la esperanza que ve anticipado el objeto por el que aspira y espera, sino también la caridad que condensa en sí misma el Amor de Dios y a Dios, y el amor del prójimo y al prójimo en la fraternidad, haciéndonos “tocar” ya la felicidad eterna en el Amor. Cfr. DIONISIO BOROBIO, *Los sacramentos, fuente de caridad*, CPL-Cuadernos Phase 217, Barcelona 2014, 12-13
- ⁵ «Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y Señor, les he lavado a ustedes los pies, también ustedes deben lavarse los pies unos a otros. Yo les he dado ejemplo, para que ustedes hagan lo mismo que yo les he hecho» (Jn 13, 13-15).
- ⁶ Cfr. 1 Cor 13, 1-3; Sant 2, 17. 24 (Así como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe está muerta si no va acompañada de hechos).
- ⁷ Cfr. 1 Jn 4, 20-21.
- ⁸ Cfr. LG 31. 34.
- ⁹ Cfr. 1 Cor 12, 27.
- ¹⁰ «...sobre todo la eucaristía, comunica y alimenta el amor a Dios y a los hombres, que es el alma de todo apostolado», LG 33.
- ¹¹ Cfr. Jesús Espeja, *Para comprender los sacramentos*, Verbo Divino, Pamplona 1996, 5.
- ¹² Cfr. Dionisio Borobio, *Celebrar para vivir. Liturgia y sacramentos de la Iglesia*, Sígueme, Salamanca 2003, 163-165. 169-175.
- ¹³ Cfr. *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos –RICA-*, nn. 3-6.
- ¹⁴ Cfr. *Lumen Gentium*, n. 11
- ¹⁵ Cfr. Dionisio Borobio, *Celebrar para vivir... 257-259*; RICA n. 34.
- ¹⁶ Como en el Bautismo, no pretendemos presentar el gran contenido teológico del sacramento, ni mucho menos realizar un estudio de la Institución General del Misal Romano. Lo que pretendemos es presentar la síntesis que la misma representa en el aspecto vivencial de ella en la cotidianidad.
- ¹⁷ Cfr. 1 Jn 4, 8.
- ¹⁸ Cfr. Benedicto XVI, Carta encíclica *Sacramentum Caritatis*, n. 7.
- ¹⁹ Cfr. Benedicto XVI, Homilía en la fiesta del Corpus Christi (23 de junio de 2011).
- ²⁰ Cfr. Juan Pablo II, Carta apostólica *Mane nobiscum, Domine*, n. 28.
- ²¹ Cfr. Jn 13, 1-20.
- ²² Por ello la eucaristía tiene en torno a sí una riqueza de expresiones: «culmen y fuente de toda la vida cristiana», «misterio de Dios y de su amor trinitario», «raíz y quicio», «centro y corazón», «tesoro y gracia», «compendio y suma de la fe», «plenitud y alta expresión de la vida cristiana», «don del Señor y bendición», «base de la existencia de la Iglesia», «centro de la vida comunitaria», «centro de los sacramentos y manifestación de la naturaleza de la Iglesia»...
- ²³ Cfr. Juan Pablo II, Carta a los obispos sobre El misterio y el culto de la eucaristía, (24 de febrero 1980), nn. 5-6.
- ²⁴ Que significa comunión; como concepto teológico alude a la comunión eclesial y a los vínculos que ésta misma genera entre los miembros de la Iglesia y Dios, revelado en Jesucristo y actuante en la historia por medio del Espíritu Santo.
- ²⁵ El culto cristiano abarca todos los aspectos de la vida, transfigurándola.
- ²⁶ Cfr. Rom 12, 1ss.
- ²⁷ *Sacramentum Caritatis*, n. 84.
- ²⁸ »Donde hay caridad y amor, allí esta Dios».
- ²⁹ Cfr. Jesús Espeja, *Para comprender los sacramentos...* 82-83.
- ³⁰ Cfr. Benedicto XVI, Exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini*, n. 55.
- ³¹ San Pablo cuando escribe a los Corintios, lo hace recalcando cómo los comensales que participan en la cena del Señor, deben hacer suyo el proyecto de Jesús, es decir, compartir todo lo que tienen con los demás. Sencillamente porque «si el pan es uno y todos participamos del único pan, todos formamos un solo cuerpo». Es aquello mismo que había escrito: hay algunos que participan en la mesa del Señor sin hacer suyo el proyecto de compartir; son como Judas que decide traicionar al Maestro entregándole a quienes, por mantener sus seguridades insolidarias, se oponen al proyecto de la fraternidad y matan al Profeta (Jn 13, 18-30).
- ³² Punto de partida y espíritu de la comunidad cristiana es vivir como hermanos (Jn 13, 34-35). Un solo mandamiento que se orienta no a las relaciones directas del hombre con Dios o con Cristo, sino «con los otros». Y ese amor tiene que estar a la altura del amor de Dios manifestado en la conducta histórica de Jesús, «hasta el extremo», «hasta dar la vida» por los demás.
- ³³ El mismo Señor que está entre los suyos como el que sirve, expresa las condiciones en la conducta de los cristianos: no

deben seguir la lógica de dominación en que funcionan los príncipes de este mundo; la categoría del verdadero discípulo se mide por su actitud y conducta de servicio desinteresado en favor de los demás (Lc 22, 24-30).

³⁴ En este sentido, la eucaristía hace a la Iglesia, pero antes el sacramento brota como profesión de la comunidad creyente.

³⁵ Este tema puede ampliarse en: Aldazábal José, Gestos y símbolos, «Las posturas del cuerpo», Centre de pastoral litúrgica, Barcelona 2003, 109 ss.

³⁶ Cfr. Concilio Ecuménico Vaticano II, Decreto *Perfetae Caritatis*, 28 de octubre de 1965, n. 6, en AAS LVIII (1966/10), 705; Concilio Ecuménico Vaticano II, Decreto *Ad Gentes divinitus*, 7 de diciembre de 1965, nn. 6, 15, en AAS LVIII (1966/10), 952-955, 963-965; Concilio Ecuménico Vaticano II, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, 7 de diciembre de 1965, n. 18, en AAS LVIII (1966/10), 1018-1019.

³⁷ El contacto con la palabra de Jesús resulta ya un primer ofrecimiento del pan de vida. El acercarse a esta palabra, «que es sacramento», lleva a participar de la misma vida de Jesús, al mismo tiempo que induce, en actitud de fe, a comer su carne y beber su sangre. Un estudio a profundidad sobre este contacto con Jesús palabra y eucaristía, nos lo presenta J. Caba, Cristo, pan de vida. Teología del IV Evangelio, BAC, Madrid 1993, sobre todo los capítulos VII, IX y XVI; En Jesús, pan de vida, la dos realidades de palabra y sacramento se implican mutuamente, Cfr. B. C. Kingsley, El Evangelio según san Juan, Cristiandad, Madrid 2003, 426-455; Una reflexión en este contexto relacional también la presenta Bianchi, «Bibbia e ectio divina» en Borghi, *Ascoltare*, 135-139.

³⁸ Cfr. Sínodo de los Obispos, XII Asamblea General Ordinaria, La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia, «Congregazioni generali I-XXII», Città del Vaticano, 27 de abril de 2007. *Propositio*, n. 2.

³⁹ Cfr. *Sacrosanctum Concilium*, n. 24.

⁴⁰ En lo que respecta a este punto, no debemos olvidar que una de las tareas del ministerio ordenado es precisamente «el Ministerio de la Palabra» (Que Dianich, como una de las diversas funciones del ministerio ordenado además de la cura pastoral, del gobierno de la Iglesia y el ministerio sacerdotal. Cfr. S. Dianich, Teología del Ministerio Ordenado, Edizione Paoline, Milano 1993 3, 152-211), y en este sentido hacemos mención de lo que la Congregación para el Culto Divino, dice al respecto: Ya que la Palabra revelada, es un instrumento mediante el cual Cristo actúa en nosotros con su Espíritu, entonces la predicación de la Palabra no es la mera transmisión intelectual de un mensaje, sino «poder de Dios para la salvación de todo el que cree (Rom 1, 16), realizada de una vez para siempre en Cristo. La predicación de la Palabra por parte de los ministros sagrados participa, en cierto sentido, del carácter salvífico de la Palabra misma, y ello no por el simple hecho de que hablen de Cristo, sino porque anuncian a sus oyentes el Evangelio con el poder de interpelar que procede de su participación en la consagración y misión del mismo Verbo de Dios encarnado... este servicio exige la entrega personal del ministro a la Palabra predicada, una entrega que, en último término, mira a Dios mismo... el ministro no debe ponerle obstáculos, ni perseguir fines ajenos a su misión, ni apoyarse en sabiduría humana o en experiencias subjetivas que podrían oscurecer el mismo Evangelio, ¡La Palabra de Dios no puede ser instrumentalizada! Antes al contrario, el predicador «debe ser el primero en tener una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios... debe ser el primer «creyente» de la Pala-

bra... la tarea del ministro no es la de enseñar la propia sabiduría, sino la Palabra de Dios e invitar con insistencia a todos a la conversión y a la santidad... la nueva evangelización pide un ardiente ministerio de la Palabra, integral y bien fundado, con un claro contenido teológico, espiritual, litúrgico y moral, atento a satisfacer las concretas necesidades del intelectualismo que, más que iluminar podría llegar a oscurecer las conciencias cristianas; sino de desarrollar una verdadera «caridad intelectual»... Es necesario que el ejercicio del ministerio de la Palabra y quienes lo realizan estén a la altura de las circunstancias, ya que un anuncio doctrinal, teológico y espiritual renovado del mensaje cristiano no puede ser improvisado perezosa o irresponsablemente... el mensaje debe ser presentado de modo decididamente atractivo, de modo que esté a la altura de la Palabra que predica, es decir, no está por demás, el interés por la retórica y usar en la predicación un lenguaje correcto y elegante, comprensible para todos los contemporáneos evitando banalidades y generalidades, lo que significa, saber lo que se quiere decir y saber cómo decirlo. Cfr. Congregación para el Clero, «El presbítero, maestro de la Palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad, ante el tercer milenio cristiano», Ciudad del Vaticano 1999, 14-21.

⁴¹ Puesto que el Espíritu es el exégeta de la sagrada Escritura, que es la palabra de Dios puesta por escrito bajo su inspiración. Valiosa es la línea trazada por la OLM 9, donde afirma: «Para que la palabra de Dios realice efectivamente en los corazones lo que se escucha con los oídos, se requiere la acción del Espíritu Santo, por cuya inspiración y ayuda, la palabra de Dios se convierte en el fundamento de la acción litúrgica y en norma y ayuda de toda la vida. Así pues, la actuación del Espíritu Santo no sólo precede, acompaña y sigue a toda la acción litúrgica, sino que también sugiere al corazón de cada uno aquello que, en la proclamación de la palabra de Dios, ha sido dicho para toda la comunidad de los fieles; y al mismo tiempo que consolida la unidad de todos, fomenta también la diversidad de carismas y la multiplicidad de actuaciones». La comunidad por tanto se construye cada día dejándose guiar por la palabra de Dios, bajo la acción del Espíritu Santo... Cfr. Sínodo de los Obispos, XII Asamblea General Ordinaria, «Lineamenta», Città del Vaticano, 27 de abril de 2007, n. 20.

⁴² Cfr. *Propositio*, n. 14; OLM nn. 24-27; IGMR n. 65; *Sacrosanctum Concilium*, n. 52.

⁴³ *Sacramentum Caritatis*, n. 46.

⁴⁴ Cfr. *Propositio*, n. 15, que tiene en el trasfondo el *Instrumentum Laboris* n. 37, del que dice esperar «un mayor empeño en la fidelidad a la palabra bíblica y a la condición de los fieles, ayudándolos a interpretar los eventos de la vida y de la historia a la luz de la fe. La homilía no debería limitarse exclusivamente al aspecto bíblico, sino que sería oportuno que incluyese también temas dogmáticos y morales fundamentales. Con esta finalidad resulta indispensable una adecuada formación de los futuros ministros...»

⁴⁵ *Verbum Domini*, n. 59.

⁴⁶ Cfr. *Propositio*, n. 32.

⁴⁷ Cfr. C. Biscontin, «Bibbia e omelia» en Borghi Ernesto (a cura di), *Ascoltare, rispondere, vivere*, Atti del Congresso Internazionale «La Sacra Scrittura nella vita e nella missione della Chiesa» (1-4 dicembre 2010), Terra Santa, Milano 2011, 128-134.

⁴⁸ FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 24 de noviembre de 2013.

ABUSOS HOMILÉTICOS

El pasado 2 de abril, Mons. Sócrates Villegas, Arzobispo de Dagupan, Filipinas, celebró la Misa Crismal en la Catedral de San Juan Evangelista en la misma arquidiócesis. El arzobispo, advirtió a sus sacerdotes acerca de los abusos homiléticos.

«En este día hacemos nuevamente un viaje espiritual al Cenáculo para recordar nuestro sacerdocio. Venimos de nuevo para agradecer al Señor por habernos llamado al sacerdocio. El Señor se arriesgó. Nos ha confiado su Iglesia. Mientras más permanecemos en esta vocación, más claramente vemos que se necesita más que fuerza de voluntad para seguir siendo un buen sacerdote...

Hemos visto muchos abusos entre el clero... Este día, los invito a volver sus corazones a otro abuso rampante que se ha extendido entre los sacerdotes: el abuso homilético. Sí, un abuso a la amabilidad de las personas que se ven forzadas a escuchar homilías largas, enredadas, repetitivas, aburridas, desorganizadas, no preparadas y mal pronunciadas. Medio en broma, pero también medio en serio, las personas dicen que nuestras homilías son una de las penitencias obligatorias de cada domingo.

Si escuchan más detenidamente a lo que dice la gente de nuestras homilías, nadie se queja de la profundidad del mensaje ni de la erudición exegética. Se les hace aguantar domingo tras domingo nuestras homilías que no pueden ser comprendidas porque nos toma tanto tiempo la introducción, porque no sabemos ir directamente al punto y porque no sabemos cómo concluir. Prepárense. Sean claros. Sean pausados...

Las homilías largas, enredadas, repetitivas, irrelevantes y no preparadas son signos de la falta de vida espiritual del sacerdote.... No basta con preparar nuestras homilías; el buen sacerdote se prepara a sí mismo. Predicar es un ministerio del alma y del corazón y no solo de las cuerdas vocales y las neuronas. Nuestra vida espiritual es el verdadero fundamento de nuestras homilías. La pregunta no es qué predicaremos sino cómo predicaremos. Predicamos solamente a Jesucristo; siempre a Jesucristo.

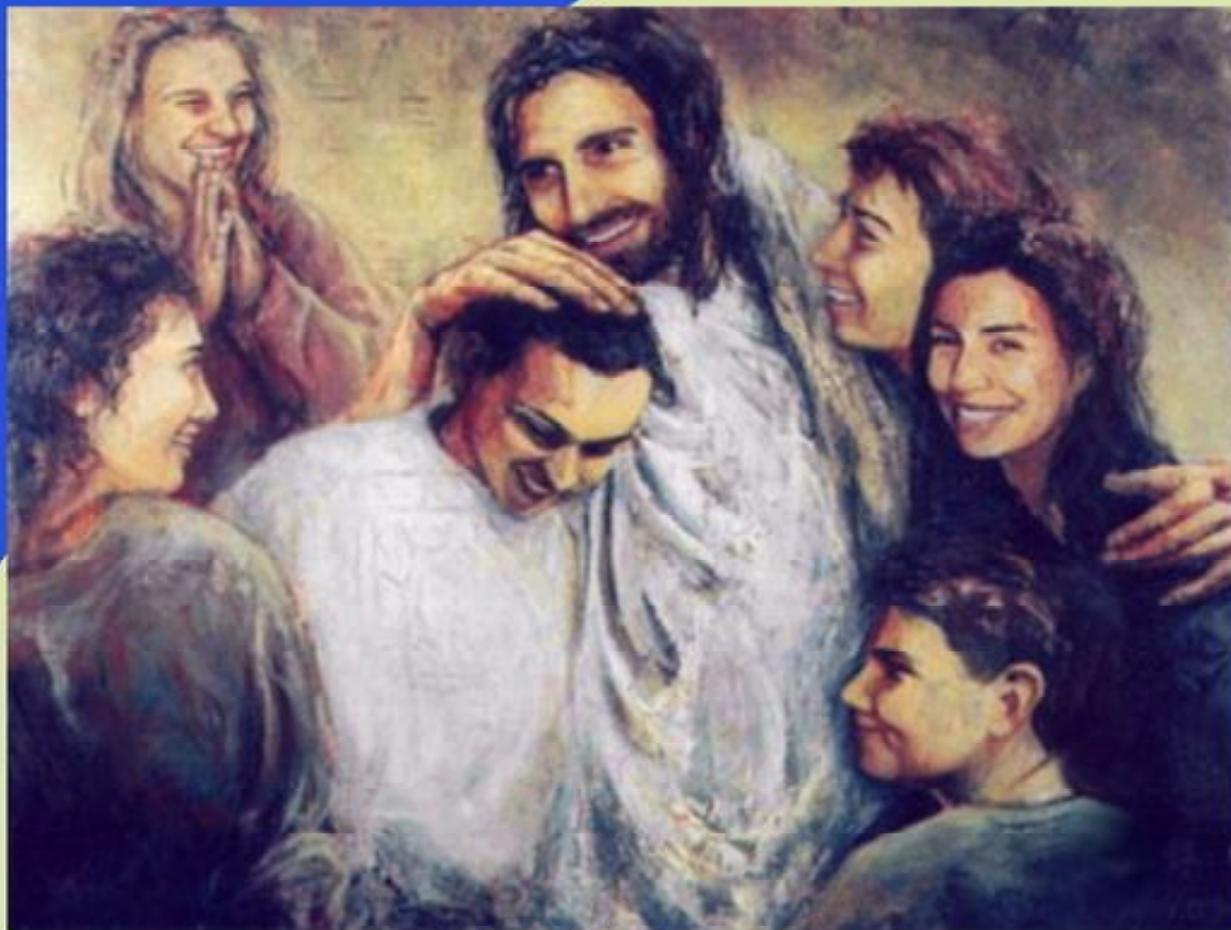
¿Cómo podemos salir de la prevalente cultura del abuso homilético? ¿Cuál es el remedio? El primer llamado de los tiempos es la sinceridad sacerdotal... Nuestras homilías mejorarán si disminuimos nues-

tro amor para hablar y aumentamos nuestro amor para escuchar. Cuando nuestra homilía es una simple charla, solo repetimos lo que ya sabemos, nos cansamos y sentimos vacíos. Cuando escuchas antes de hablar, aprendes algo nuevo y tu homilía será brillante. Seremos mejores homiletas si nos atrevemos de nuevo a oler a oveja.

El segundo desafío de nuestros tiempos es la sencillez. Sencillez en el mensaje y aún más, sencillez de vida. La vida sencilla nos ayudará además a dejar de hablar de dinero y de campañas para recaudar fondos en la homilía; hablar de dinero nunca ha sido edificante. La sencillez significa resistirse al uso del púlpito como medio para desquitarnos de quienes se oponen a nosotros. La sencillez también exige que dejemos la política electoral fuera del ambón. La sencillez en las homilías no significa desear hacer reír o llorar a la gente, eso es para telenovelas y programas de medio día. La sencillez en las homilías hace a la gente inclinar la cabeza y golpear su pecho deseando cambiar, buscando la misericordia de Dios. Ser sencillo es ser grande ante los ojos de Dios. El estilo de vida simple de los sacerdotes es la homilía más fácil de comprender.

El tercero y último desafío es la llamada al estudio. Leer y estudiar no deben detenerse después del seminario. Si dejamos de leer y estudiar, ponemos en peligro las almas de nuestros feligreses. Si dejamos de estudiar, entonces comenzamos a forzar a la gente a leer lo que llamamos «el libro abierto de nuestras vidas», la historieta de nuestras vidas, ridícula y terriblemente escandalosa, que de poco inspira. Nuestra homilía se convierte nuestra historia y no la historia de Jesús. Leer demasiado la cuenta bancaria no es una buena forma de preparar nuestras homilías.

Sé cuidadoso con tu vida. La gente nos mira más de lo que nos escucha. Sé sincero y honesto. Una vida doble, una vida secreta y oscura, es estresante. Sé cuidadoso con cada homilía. Dios te juzgará por cada palabra que salga de tu boca. Cree lo que lees. Proclama aquello en lo que crees. Vive según lo que proclamas. Sé cuidadoso con cada homilía. Ellos quieren escuchar a Jesús, no a ti; solo a Jesús, siempre a Jesús. Sé cuidadoso con cada homilía. Ten compasión del pueblo de Dios. Detén el abuso homilético. Deja que tu homilía inspire y encienda los corazones con fuego». ¡Apasionate por nuestra fe!



"No hay duda de que el amor es centro de la totalidad de lo cristiano: es el centro del Ser de Dios, de su actuar en la historia de la salvación, de su intervención redentora en Cristo, de su vivificación por la gracia en el Espíritu.

Es el centro de la vida y la misión de la Iglesia. Es el sello identificante y más creíble del cristiano. Todo cobra sentido desde el amor verdadero.

Y todo pierde sentido cuando falta o fracasa el amor.

Siendo el amor en sí el primer valor humano, para el cristiano es también el primer valor divino. Desde la fe, no existe ningún amor verdadero que no quede integrado en la plenitud del amor de Dios.

El Dios-Amor se ha infundido y se manifiesta en los amores de los hombres, y cuando los hombres amamos de verdad estamos expresando y realizando el mismo Amor de Dios, que a su vez, se manifiesta en el amor a los demás".